19 Cuadernos del Centro de Pensamiento

Lectio historica
en la conmemoración
de los 50 años del
fallecimiento del
expresidente
Laureano Gómez

Junio de 2016

UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA | CENTRO DE PENSAMIENTO

CUADERNOS DEL CENTRO DE PENSAMIENTO No. 19

LECTIO HISTORICA EN LA CONMEMORACIÓN DE LOS 50 AÑOS DEL FALLECIMIENTO DEL EXPRESIDENTE LAUREANO GÓMEZ

UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA | CENTRO DE PENSAMIENTO

UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA
CUADERNOS DEL CENTRO DE PENSAMIENTO No. 19
***LECTIO HISTORICA* EN LA CONMEMORACIÓN DE LOS 50 AÑOS DEL FALLECIMIENTO DEL EXPRESIDENTE LAUREANO GÓMEZ**

DIRECTOR
Ignacio Restrepo

Primera edición: junio de 2016.
Queda prohibida toda reproducción por cualquier medio
sin previa autorización escrita del editor.

jaime.barahona@usa.edu.co
Teléfono: (571) 325 75 00 Ext. 2131

Edición realizada por el Fondo de Publicaciones
Universidad Sergio Arboleda. Carrera 15 No. 74-40
Teléfonos: 3 25 75 00 Ext. 2131.
www.usa.edu.co Fax: 3 17 75 29.

DIRECTOR EDITORIAL
Jaime Barahona Caicedo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Maruja Esther Flórez Jiménez

DISEÑO CARÁTULA
Adriana Torres

CORRECTOR DE PRUEBAS
Ludwing Cepeda Aparicio

IMPRESIÓN
Digiprint, Bogotá, D. C.

ISSN: 2346-4313

Contenido

INTRODUCCIÓN AL FORO 5

CAPÍTULO 1
SEMBLANZA DE LAUREANO GÓMEZ..... 11

CAPÍTULO 2
LAUREANO GÓMEZ Y LOS MASONES..... 27

CAPÍTULO 3
EL HISPANISMO EN LA POLÍTICA DE COLOMBIA 33

CAPÍTULO 4
LAUREANO GÓMEZ Y SU TIEMPO 41

CAPÍTULO 5
LAUREANO GÓMEZ EN LA LARGA PERSPECTIVA DE LA HISTORIA NACIONAL..... 57

ANEXO
LAUREANO GÓMEZ SOBRE EL CACIQUISMO, 1928 73

INTRODUCCIÓN AL FORO

Rodrigo Noguera Calderón[1]

Me complace darles la bienvenida y agradecer su presencia en este acto académico, que se realiza en desarrollo del deber de la Universidad de transmitir a las generaciones presentes la imagen de los forjadores de nuestra historia.

Nadie discute que la realidad actual no es fruto del azar. Ella obedece a un proceso evolutivo siempre inacabable, de modo que el futuro será según lo construyamos en el presente, porque "el hombre", como lo dijera Ortega y Gasset, "no tiene naturaleza, sólo tiene historia".

De allí el deber explícito de todo centro de educación de enseñar cómo y cuándo se construyó nuestro presente. La frase es de Cicerón: "No saber lo que ha sucedido antes de nosotros, es como ser incesantemente niños".

En el caso de Laureano Gómez, personaje fallecido hace 50 años (1965), la Universidad tiene el deber adicional de reme-

[1] Rector Universidad Sergio Arboleda, abogador y economista de la Universidad Javeriana, exsuperintendente de Sociedades, expresidente del Colegio Nacional Electoral, condecorado por el Reino de España con la Orden Civil "Alfonso X El Sabio".

morar su vida y obra, teniendo en cuenta que fue el padre de uno de sus Fundadores, el doctor Álvaro Gómez Hurtado, asesinado en esta institución, el 2 de noviembre de 1995.

El personaje, del que se ocupa esta *lectio historica*, tuvo una importancia e influencia trascendental en la vida política, social y cultural de Colombia, durante más de 50 años en el siglo pasado.

El siglo XX fue un siglo convulsionado para Colombia, no solo porque el país empezó a integrarse a un mundo que, desde entonces, en virtud de la aviación, el automóvil y el cine, se hizo más pequeño, sino porque ese siglo tuvo características propias que marcaron la vida nacional: se inició para nosotros con una firma, en el vapor Wisconsin, en 1902, que puso fin a una guerra civil que había durado "mil días" y terminó en medio de la violencia generada por la subversión, el narcotráfico y el paramilitarismo.

Laureano Gómez fue ingeniero, gran periodista –fundó los periódicos *La Unidad* y *El Siglo*–, parlamentario a los 22 años de edad, escritor de numerosas obras, caudillo político, embajador y presidente de la República, coautor del Frente Nacional, el episodio más glorioso de su vida y, por necesidad, actor principal de todos los acontecimientos definitorios del quehacer nacional y, en consecuencia, responsable, en primera persona, de casi todo cuanto ocurrió de trascendente durante su periplo vital, ya porque lo propició o porque lo padeció. "Fue, como dijo Álvaro Gómez, la medida de la grandeza de su tiempo".

La historia la construyen los hechos, pero los hechos los realizan los hombres, por eso, algunos consideran que solo "hay dos clases de hombres, quienes hacen la historia y quienes la padecen".

Sin conocer y comprender la recia personalidad de Laureano Gómez, sus convicciones y su pensamiento crítico, no es posible entender lo ocurrido en la primera mitad del siglo XX.

La vida de los personajes que hicieron la historia se identifica con la historia misma, con sus causas y sus efectos.

Laureano Gómez tenía la convicción de organizar la sociedad teniendo como referencia los conceptos del bien y del mal. Dueño de una recia personalidad la que se expresaba, como decía Álvaro Gómez, a través de fuertes convicciones, "estas eran su punto de partida. Su formidable capacidad dialéctica lo llevaba a desentrañar los elementos verdaderos de todos aquellos conceptos que él quería poner en práctica".

Fue un profundo convencido y defensor de los valores cristianos, el bien común se fundaba precisamente en tales valores, expuesto a través de la moral, la justicia, el derecho y reflejados en la dignidad y en la libertad. Contrapuso siempre la grandeza versus la mediocridad y la incompetencia.

Conocía muy bien la historia y, en particular, la historia colombiana, la que utilizaba para confirmar sus juicios y opiniones. Un gran defensor de la democracia, en la medida que ella permitiera desarrollar los valores a través de las opiniones libres. Como decía Raimundo Emiliani Román, siguiendo a Laureano: "la democracia aparece como la libertad de opinar, de pensar bajo el supuesto de que esa opinión libre buscará tarde o temprano el bien común, luego si no hay opinión publica libre, no hay democracia. Un pueblo sin opinión, porque no la tiene, o le es impuesta por unos reducidos medios de comunicación, no tiene democracia, esta muere de sofocación".

Laureano Gómez concibió la política, decía Álvaro Gómez, como una tarea permanente, en busca de los principios normativos de la vida civil y como una exploración sobre los métodos que pudieran conducir al bienestar de la comunidad. Para él, la verdad era mucho más importante que lo que pudiera pensar la opinión pública.

Por ello muchas veces dijo "yo no soy un político, no quiero ser jefe de un partido, yo estoy en lo que estoy y eso debe valer, así quedo tranquilo, pueden dejarme solo". Opinión que reiteró en varias oportunidades.

En una entrevista en el año 40 repitió "yo no soy un político, es un error creer que lo soy… obedezco a unos impulsos de una sinceridad que no tiene límites".

Por eso Emiliani, quien fue un profundo conocedor de su personalidad y autor de la obra *Laureano El Grande*, decía en abono de lo expuesto: "Laureano Gómez no fue un político, incursionó en la política como militante de todos los valores que profesaba, la política no fue para él un fin sino un medio inevitable para la realización de su ideales hacia una república perfecta".

Aparece así Laureano como el hombre grande. En las voces de Emiliani, sincero, el hombre de ideales y de valores, el gran fiscal nacional, un hombre estoico decidido a cumplir un deber más alto por el deber mismo, sin la consideración de sus resultados.

Muchos de sus compatriotas lo conocieron y lo siguieron como gran caudillo, otros que también lo conocieron se opusieron a sus ideas y algunos fueron sus detractores y más aún sus calumniadores, pero más allá de eso, se impuso el espíritu de su grandeza.

"Cómo ha cambiado la política desde los tiempos de Laureano Gómez, decía Álvaro –a propósito de nuestros tiempos– ha cambiado en su ética y en sus procedimientos. No se afianza ya en la convicción de las gentes, no puede contar con el apoyo desinteresado de las masas, ahora todo hay que pagarlo y por eso se ha hecho tan costosa".

"Hay que tener mucho para poder halagar o sobornar o comprometer y para tener mucho, hay unos que son muy hábiles, porque disponen de una impresionante elasticidad moral".

Su obra cumbre fue el Frente Nacional, cuya historia se inició el 13 de junio de 1953 cuando el teniente general Gustavo Rojas Pinilla tomó el poder. Laureano Gómez, que había reasumido la Presidencia, fue enviado al exilio.

La dictadura militar cayó el 10 de mayo de 1957 reemplazada por una junta militar. Entre tanto Laureano Gómez y Alberto Lleras habían acordado una fórmula para retornar el país a la normalidad democrática, hacer la paz entre liberales y conservadores, conocida por el nombre de "Frente Nacional". Esa fórmula se construyó en los llamados Pactos de Benidorm (24 de junio de 1956) y Sitges (20 de julio de 1957) consistente en la alternación en el Gobierno de los partidos tradicionales y la paridad en los cargos públicos.

En los días que vivimos, la sociedad actual ha convertido al innovador en el paradigma de los valores culturales. El progreso exige visionarios. El lema de moda es el de que "sólo es posible avanzar cuando se mira lejos".

En este episodio aparece la mente brillante del innovador, a la manera actual de quien posee la imaginación y la audacia para construir una fórmula política inédita.

Ese innovador no se escondió nunca detrás del político y para probarlo, citaré su frase:

"La dignidad de una generación consiste en emplear su propio criterio para discernimiento de lo heredado, defendiendo, impulsando, mejorando todo lo sensato y sabio y disminuyendo, en lo posible, lo terciado y lo maligno".

CAPÍTULO 1
SEMBLANZA DE LAUREANO GÓMEZ

Hernando Correa[1]

En la morada de don José Laureano la familia aguardaba expectante con qué genio vendría el jefe del hogar a la hora del almuerzo. Eso se sabría por lo lejos que lanzara el sombrero al ingresar a su casa. Inmediatamente todos sabían a qué atenerse.

Rígido, fuerte, exacto, retraído para las caricias pero bueno como ninguno, don José Laureano era poco amigo de los chistes y mucho menos si alguno tenía que ver con él. Pero en algún carnaval, de esos que con tanto regocijo se celebran en las poblaciones, se burlaron de él remedándolo con un enorme muñeco.

Santa palabra. Empacó todas sus cosas y, con su familia, salió para Bogotá. Lo ocañeros siempre vuelven al terruño. Él jamás regresó.

---

[1] Magíster en Historia de la Universidad Javeriana, postgraduado en Defensa y Seguridad Nacional, en la Escuela Superior de Guerra, exdiplomático en el Reino Unido, condecorado por el Instituto de Estudios del Ministerio Público con la "Orden al Mérito", investigador docente de la Universidad Sergio Arboleda.

En la capital se instaló cerca a la colonial e histórica iglesia de San Agustín, templo que desde la época del inicio de nuestra independencia fue, ora santuario del "Señor de los Ejércitos" y en cuanto que tal victorioso jefe de nuestra primera guerra civil, ora cuartel inexpugnable desde cuyas ventanas se defendían las tropas cercadas según el bando que se hubiera apoderado del convento.

El miércoles 20 de febrero de 1889 nació el tercer hijo, y primer varón, en el hogar de don José Laureano y doña Dolores Castro. Fue llamado Laureano Eleuterio: Laureano como el padre y el abuelo y Eleuterio como muestra de respeto al santo papa Eleuterio, cuya fiesta se celebra ese día.

Mes y medio más tarde recibió el bautismo en la cercana y también colonial iglesia de Santa Bárbara, templo construido en honor a *Santa Bárbara* en 1565 por el conquistador español don Juan de Céspedes, en agradecimiento por haber evitado que él y su familia hubiesen sido víctimas fatales de un rayo que cayó en el lugar donde se encuentra el templo, entonces ocupado por su vivienda.

Fuera de la disciplina paterna, el carácter del niño lo van formando los avatares de la guerra de los mil días. Su inquieta mente infantil no comprende por qué todo el mundo anda vestido de luto o por lo menos de negro.

Un interrogante comienza a rondarle su mente: "aquí ha pasado algo".

La respuesta a su inquietud comenzará a resolvérsela la compañía de Jesús a cuya formación ha entregado don José Laureano a su hijo.

Ya adolescente, su mejor compañero de colegio, intempestivamente le pregunta:

– Y tú, ¿qué has pensado ser?

La respuesta del joven Gómez es categórica:

– Te diré: me provoca ser un hombre importante.

Y para ser "un hombre importante" devora las enseñanzas que recibe en San Bartolomé. Se consagra, sin saber por qué, a la oratoria. En su casa funda una sociedad literaria llamada "Ateneo de variedades". Pero también se volverá asiduo visitante de las barras del Congreso. Para aprender.

El 24 de noviembre de 1904, San Bartolomé despide de sus claustros a quienes, cumplidas todas las exigencias académicas se han hecho merecedores al título de Bachiller en Filosofía y Letras.

Uno de esos graduandos es el estudiante Gómez Laureano quien, a más del cartón, recibe una medalla otorgada por el arzobispo de Bogotá, monseñor Bernardo Herrera Restrepo, como distinción por su irreprochable conducta y notable aplicación.

De ahora en adelante, el país se acostumbrará a ver en el escenario al hombre más odiado y más admirado de la política colombiana: Laureano Gómez.

Furioso hombre de Dios, como lo designaron algunos historiadores, fue inflexible defensor de sus ideas, lo que jamás le perdonaron sus adversarios. Anótese que en este país adversario significa enemigo.

Su fogosa oratoria parlamentaria le hará acreedor al calificativo de "El monstruo": No habrá otro igual en el hemiciclo del capitolio.

Teniendo a Rafael Núñez como brújula, el aún adolescente estudiante comienza su carrera para volverse un hombre importante.

Su primer ensayo como orador no fue, sin embargo en la plaza pública, ni en el foro. Ocurrió en los patios de la facultad ingeniería de la Universidad Nacional, culminando ya sus estudios como ingeniero. Adviértase, de paso, que a él le gustaba la carrera del Derecho pero su padre quería que fuera ingeniero. En esa época no se discutía la voluntad paterna.

Ello aconteció en vísperas del aún histórico 13 de marzo, cuando renunció a la presidencia el general Rafael Reyes. Fue su primer discurso político y el resultado de esa fogosa oratoria fue ir a parar a la cárcel durante unas horas. Lo sacó del calabozo la amnistía decretada por don Jorge Holguín, transitorio sucesor del renunciado general Rafael Reyes. No lo arredraron los barrotes carcelarios.

Con el olfato que durante medio milenio ha hecho famosa a la Compañía de Jesús en la formación de líderes, sus antiguos maestros de San Bartolomé lo llamaron para que se pusiera al frente de la defensa de la moral católica, amenazada todavía por los irredentos sobrevivientes del radicalismo.

Fue así como entonces, aún sin cumplir la mayoría de edad –en esa época ello ocurría a los 21 años–, junto a un grupo de semiadolescentes fundó su primer periódico: *La Unidad*, publicación que comenzó a circular el 2 de octubre de 1909.

Desde su primer editorial, que ocupaba toda la primera página de la nueva publicación, Laureano Gómez, con felina paciencia, comienza a administrarle a la opinión pública lo que será su pensamiento y modo de actuar durante el resto de su vida.

Los primeros ejemplares están dedicados al periodismo y a los periodistas. No son precisamente suaves las admoniciones que en este sentido hace el director de *La Unidad*.

Arremetiendo contra todo lo que a su juicio riñe con la moral, *La Unidad* hace una denuncia supremamente grave. Se trata de un negocio de esmeraldas que ya la opinión pública conoce como el caso del "mucismo". En otras palabras, se trata de asuntos relacionados con el sindicato de Muzo y la Colombian Emerald Company, unos contratos celebrados en Londres, que se hallan, para su aprobación, en manos del Congreso.

¿En qué consiste la gravedad de la denuncia? En que el blanco de la misma es ni más ni menos que el máximo jerarca de la Iglesia católica colombiana, el arzobispo de Bogotá, monseñor Bernardo Herrera Restrepo.

La Unidad no duda en denunciar las anormalidades, indelicadezas, faltas de probidad, cohechos y sobornos "y demás crímenes que forman la esencia de las negociaciones con las esmeraldas".

Pero, ¡oh sorpresa!, el máximo jerarca católico de Colombia, terciando en el debate, en lugar de apoyar las denuncias monta en ira e intenso dolor en defensa de los denunciados.

Con el superpoder que era intrínseco a su investidura, "Nos, Bernardo Herrera" la emprende contra *La Unidad* y contra su director, Laureano Gómez. No se intenta una censura cualquiera. Es una verdadera censura eclesiástica.

"Muzo nos ha tapado la boca", trina Laureano Gómez al anunciar que, luego de candentes confrontaciones, no volverá a circular *La Unidad*. Católico por convicción, prefiere cancelar su publicación a tener que enfrentarse al representante de esa Iglesia para cuya defensa había sido comisionado por los sacerdotes jesuitas. *La Unidad* deja de circular el 30 de noviembre de 1912.

Al cerrar su periódico, el joven Laureano Gómez, con hierro al rojo vivo, ha marcado lo que será su impronta

por el próximo medio siglo. Convirtiéndose en el más sobresaliente político del siglo XX, con la clausura de su periódico proclama que él no es ni quiere ser un político.

La razón es elemental: es un hombre leal a sus convicciones, lo que lo convierte en la antípoda del político. Es que para hacer política, en concepto de Laureano, es necesario entrar en transacciones, aceptar como bueno lo que se sabe malo, coquetear con el electorado y con el cacique. Y esto le es inaceptable.

Siempre, y sin medir circunstancias, Gómez llamará al pan pan y al vino vino. No transar en momento alguno, despreciar al cacique y combatirlo sin tregua, será su norte. Su misión: atacar, no importa a quién ni en qué circunstancia. Atacar a todo trance y destruir el mal aun cuando para ello deba desaparecer todo el organismo que lo ha producido.

A falta de justicia, su actividad la soporta en una abstracción llamada Opinión Pública, es decir, en el buen sentido del pueblo que será quien dicte el fallo en última instancia.

El problema estriba, sin embargo, en que en Colombia no hay Opinión Pública sino prejuicios y, en consecuencia, no hay fallo sino determinaciones unilaterales muy recusables. Esperar justicia o, tan siquiera, un dictamen equitativo de una nación despedazada por los prejuicios políticos, por las inquietudes de casta o las ambiciones presupuestales, es una actitud, aunque respetable, poco menos que pueril.

Dígalo si no el resultado del enfrentamiento de *La Unidad* contra el "mucismo".

Ahora no es sino el "monstruo", un ser que muchos alaban y que muchos maldicen.

Combate el régimen de Carlos E. Restrepo. Y se lanza a uno de los más sonados debates de su vida. El debate contra Marco Fidel Suárez.

Para la historia menester es aclarar que su combate no es contra el ciudadano Marco Fidel Suárez, amigo de la casa, y quien en sus brazos meció al niño Laureano, sino contra el "amigo Marco" en cuanto patrón de caciques.

Ya sin periódico y sin posición parlamentaria alguna sino como un simple particular en la oposición, a través de un folleto, Gómez inicia su implacable arremetida contra Marco Fidel Suárez desde el comienzo mismo de la administración de este.

Con su solo folleto se muestra, sin embargo, capaz de incendiar al país con el duro acento de sus acusaciones enderezadas, en principio, contra el gabinete ejecutivo de Suárez.

¿Qué cosechó con estos primigenios ataques contra la incipiente obra del señor Suárez? Ni más ni menos que una condena judicial que, gracias a la mediación de algunos amigos de Laureano, no se ejecutó. Lo que no le impidió que, entonces, arremetiera contra el juez que lo condenó.

De todas maneras, ahora Gómez comenzó a conocer las durezas de un rígido exilio político al que él mismo se somete. Y es en este trance cuando se le acerca Alfonso López Pumarejo, con quien en algún congreso anterior había iniciado lazos de amistad que durarían varios años.

De él dijo Laureano que era el hombre que "había obrado el milagro de hablar tres horas consecutivas sin tema". De todas formas, el entonces parlamentario liberal por el Tolima se le acercó a Laureano y le dijo: "Qué buenas cosas haríamos los dos si estuviéramos juntos".

De ahí en adelante los dos manejarían la política colombiana.

En 1921 Gómez regresa a su curul en la cámara de representantes. La suerte está echada. Le ha llegado la hora de

demostrar lo que vale y lo que puede. Si contra él se emplearon todos los subterfugios del poder, esta vez le toca a él. Solo que está resuelto a no hablar inútilmente.

Don Marco, el penúltimo presidente gramático de este país, sucumbe ante las catilinarias del parlamentario Gómez. Abandonó el solio presidencial y le dio la oportunidad a Jorge Holguín para que, por tercera vez, fuera presidente en calidad de encargado.

Desde su curul, al denunciar los pecados de la política colombiana, Laureano Gómez le descubre al país lo que significan "desgreño administrativo", "pecados de lesa patria", "arbitrariedad", "continuismo", "contubernio".

Y la voz "monstruo" comienza a retumbar, "tonitribus inenarrabilibus", en el Capitolio Nacional. Es que comienza a adelantar una labor parlamentaria enorme, en línea continua como jamás se tuvo noticia.

Se ha convertido, al decir de su secretario privado, en un "artillero al pie de se su pieza, disparando en fuego de tambor" pero sin la crispación que ello implicaría. Lo hace tranquilamente, como si su tarea apenas comenzase.

Es tan conservador como los primeros mártires de la Iglesia católica. En cierta forma, podría afirmarse que es el último conservador integral.

Desde el propio inicio de su actividad pública en Laureano todo está enderezado hacia un vuelco radical del "status" sociológico, de los vicios sociales, humanos, que han conspirado y conspiran en contra del complejo –social, político, económico– de Colombia.

Sin vacilaciones, cual cruzado cuya meta es la reconquista de los santos lugares, Laureano Gómez lanza rayos y

centellas al advertir que en Colombia el único aglutinante social, el dios único, la meta del político, el intelectual, el estadista, el militar, la joven bonita y el esclarecido y honorable ciudadano es el presupuesto.

"Aquí no hay política, no hay ideas, no hay religión, ni pudor, ni partidos, ni sentimientos sino presupuestos: una mesa de comedor, a cuyo servicio cooperan en mayor o menor escala todos los colombianos, que después se atacarán a tarascadas por lograr un sitio, lo más amplio y cómodo posible, frente a ella".

"Para crear ese presupuesto, y para que se lo discuta y apruebe, ejércitos de obreros trabajan desde el alba hasta el anochecer, sudando sangre, sin percibir más que un salario exiguo, acorde, a la inversa, con la voracidad con que el Estado maltrate al contribuyente".

Predicando en el desierto, hace ya casi 100 años, Laureano ahondaba en esta materia: "porque así como es complicada, dificilísima la elaboración del presupuesto, es tenebrosamente sencilla la erogación de los fondos públicos".

"El parlamento –"Vox Populi", según reza una irónica sentencia bajo el escudo del Senado– tiene a cargo suyo la especificación y, en cierto modo, la regulación de los gastos públicos, concesión que se hace al pueblo contribuyente para hacerle creer que, evidentemente ejerce potestad sobre sus dineros: esto es, dominio y libertad distributiva".

Con dedo acusador, Laureano fustiga al parlamento, compuesto, como es elemental, de mayorías y minorías y que, por su esencia, es una institución social y no política.

Y aquí viene el "yo acuso": "las mayorías siempre –óigase bien– pertenecen a la misma facción política que el Estado, que no es social, es decir, quintaesencia de la comunidad,

sino político, o sea Estado banderizo, Estado facción. Luego –la conclusión salta como una liebre– el verdadero regulador, distribuidor, despilfarrador o banquero del presupuesto… puede operar sobre arma tan peligrosa con absoluta prescindencia del querer uno, soberano y lógico del pueblo…".

"En Colombia no existe la democracia sino el presupuesto, que es su antípoda. El presupuesto nace de una tiranía fiscal para convertirse en otra peor que es la burocracia, cosa en verdad muy distinta de lo que en los países civilizados se apellida servicio público".

"Los escritorios del Estado son en este país los pezones de la múltiple ubre presupuestal".

Sin ocultar su odio por la integridad inmoralista del presupuesto, Laureano abomina su profundo contenido político, detesta cuanto con aquel tiene alguna relación, próxima o remota: huye, pues, del poder, que es su síntesis máxima.

Finalizando la década del 20, su hasta entonces amigo Alfonso López instituyó los aún hoy en día conocidos como "viernes culturales". Estos tuvieron como sede el desafortunadamente demolido Teatro Municipal. Y fue Laureano Gómez, quien al inaugurar esas conferencias, vestido de rigurosa etiqueta pero en el Teatro Colón, sacudió al país con sus "Interrogantes sobre el progreso de Colombia".

La primera conferencia se llevó a cabo el viernes 5 de junio de 1928, ante un auditorio abarrotado, y la segunda se produjo ocho días más tarde. Gómez no dudó en afirmar que el país estaba espiritualmente enfermo: "está organizado a base de una vasta jerarquía burocrática que se siente tranquila, entre las aguas dulces del presupuesto".

Fustiga a unos colombianos flacos de carácter y con una inteligencia poco lúcida, incapaz de análisis profundo, de método de ideas generales: el amor al bullicio, el hábito de hablar a gritos, cierta abundancia oratoria y una retórica pomposa que es precisamente lo que se llama tropicalismo.

Y continúa: "Todos los estímulos de índole intelectual han desaparecido, sustituidos por las intrigas, la eficacia del caciquismo, la preponderancia de las roscas. Es mejor ser pariente de un funcionario que un intelectual".

"Da más resultado –añade– afiliarse a una "rosca" que ser competente y que ser probo y no hay elevados pensamientos, ni profundos estudios ni conducta irreprochable que valgan nada parecido a la matrícula en la servidumbre del cacique".

En ese primer "viernes cultural" la política también recibe su merecido. De ella expresa Laureano: "la vasta urdimbre de esos interese creados se sostiene por el silencio, por la quietud y la oscuridad. Los partidos tradicionales en que, por motivos ideológicos, se había dividido la población colombiana, se han ido transformando, lenta y simultáneamente, en dos compañías anónimas que tienen por industria la explotación del presupuesto".

"Los programas ideológicos se han sustituido con prospectos de rendimientos burocráticos y por eso los dos partidos no buscan para que los dirijan a mentores intelectuales sino a expertos en maniobras electorales, que es la propia industria de las compañías en referencia".

Para que el conservatismo no sucumba a las voces de sirenas "presupuestívoras", Gómez le indica a sus huestes que el Partido Conservador, para que subsista contra todo y por sobre todo, debe alimentarse con "raíces y miel silvestre". Así triunfará".

El futuro se encargará de demostrar que esta fue una voz que aró en el mar y cosechó en el desierto. Y convirtió a Gómez en víctima propiciatoria.

Las conferencias sacudieron la médula de la autocalificada "Atenas suramericana". Dos meses más tarde Laureano Gómez partió, junto con su familia, para Europa.

El periódico *El Tiempo*, comentando su viaje, escribe: "Que regrese cuanto antes a esta tierra colombiana, en donde su prestigio crece todos los días y en donde se le mira como a una de las mejores esperanzas de la patria".

Pero dos años más tarde, el Partido Conservador se cae del poder. Y el nuevo presidente, el primer liberal en 45 años, con fino olfato político, se encarga de que el regreso de Laureano no sea "cuantos antes", como lo reclama *El Tiempo*.

En el viejo continente se dedicó a acrecentar su saber: la filosofía, la política, las ciencias sociales, sus visitas a los museos, los encuentros con los mejores pensadores de la época se convirtieron en un compulsivo afán.

En vivo y en directo fue testigo del auge de los dictadores José Stalin, Benito Mussolini, Adolfo Hitler y el pacifista Mahatma Gandhi. Sobre estos cuatro personajes escribió un libro titulado *El cuadrilátero*. Obra que tiene un sello especial: ninguno de los enemigos de Laureano lo ha leído.

En concordancia con su manera de ser y de pensar, encarrilado por las enseñanzas que desde niño le inculcaron los sacerdotes jesuitas, Gómez no oculta su admiración por el Mahatma Gandhi.

Del predicador indio admira la fe, la moral y el sacrificio en la que se apoya su doctrina. Es, "una austeridad en

movimiento". Ni más ni menos que lo que Gómez ha deseado ser para convertirse en una persona importante.

Y por comparación, Laureano no oculta su repugnancia por Adolfo Hitler, quien representa el triunfo de una fe por la fuerza. Todo lo contrario del Mahatma, quien representa el triunfo de una fe por la convicción. Por ello, para que un dogma pueda triunfar, nunca será justificable para Gómez el uso de las armas.

A sus convicciones filosóficas y religiosas, Laureano añade una fe ciega en el poder aplastante de la palabra, la que ha cultivado casi desde su infancia. Claro, siempre y cuando ese aplastante verbo este soportado por una moral insospechable.

Añádasele a todo lo anterior la audacia combativa que fue el sello de la personalidad de Laureano. Nadie tan peligroso como él en el ataque. Su fino olfato le permite rastrear datos que son imperceptibles para el común de las gentes. Su infantil inquietud sobre que "aquí ha pasado algo" es, en su vida adulta, característica sobresaliente.

Cuando el dirigente conservador alistaba su vuelta a casa, el presidente Olaya Herrera lo designa ministro plenipotenciario –en esa época no había embajada– en Berlín en donde Gómez es testigo del ascenso popular del cabo Adolfo Hitler: la experiencia es impresionante.

Trágica coincidencia: en diciembre de 1930, se inicia el largo período de violencia política que ha trascendido, virtualmente sin solución de continuidad, hasta el siglo XXI. Pero también en ese diciembre los periódicos celebran, en lugar de conmemorar, el primer centenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar.

Los vertiginosos acontecimientos que se sucedían en Europa, preludio de la Segunda Guerra Mundial, no lo distrajeron de lo que ocurría en su patria con el advenimiento de la República Liberal. Desde las escarpadas breñas de los Santanderes y Boyacá le llegan angustiosos llamamientos para que venga a defender a sus copartidarios que están siendo inmisericordemente masacrados.

Laureano escucha el clamor y regresa al país. Los columnistas liberales lo saludan con entusiasmo. "Bienvenido el nuevo salvador de la patria". Parece que las loas liberales se adelantaron más de lo debido.

De inmediato Laureano inicia una frontal y vigorosa campaña contra el nuevo régimen. Y la batalla comienza por liquidar a ilustres copartidarios que, cual garrapatas, se han adherido a la burocracia del nuevo régimen.

La batalla dura 16 años al final de los cuales reconquista el poder para sus copartidarios. La lucha fue sin cuartel. Con la misma metodología usada contra los "mucistas" a comienzos de siglo, denunció las inmoralidades y crímenes del régimen que acababa de caer. Ahora Laureano no era el nuevo salvador del país sino el enemigo que a cualquier precio había que destruir.

Perseguido con verdadera saña dos veces debió exiliarse del país y una más fue desterrado por varios años. Su casa en las afueras de Bogotá fue reducida a cenizas casi el mismo tiempo que su periódico ardía ante la vista complaciente del joven cubano Fidel Castro.

Jefe indiscutible de su partido, tuvo fuerzas para crear, en sus años de postración física, y con ayuda del dirigente liberal Alberto Lleras, ese sí el más importante acuerdo político de paz en la historia política colombiana, el Frente Nacional.

Vituperado con vituperios o exaltado hasta la adulación, esa dualidad la enfrentó Laureano Gómez con una enseñanza de la Imitación de Cristo que fue la norma de toda su vida: "Ni porque te alaben serás mejor, ni peor porque te vituperen. Lo que eres, eso eres". "He aquí por qué no temo la crítica, sino que antes la incito y la provoco… Yo sé que mis palabras de verdad, que desasosiegan y encolerizan a los parásitos que viven de la savia de la república, encuentran eco en los corazones desinteresados y puros de los buenos ciudadanos… Eso me satisface. Eso me basta…".

Falleció el 13 de julio de 1965. En cumplimiento de su última voluntad, no se le hicieron funerales de expresidente. En la misa de cuerpo presente no hubo cantos ni coros. Fue sepultado en una bóveda común y corriente en el cementerio central.

Al morir se encontró con la verdad que no es otra distinta de la que el hombre "es una brizna de yerba en las manos de Dios".

CAPÍTULO 2
LAUREANO GÓMEZ Y LOS MASONES

Tom Williford[1]

En 1999 estaba yo dictando una clase de historia de Colombia en la Universidad de los Andes. Para ayudar a los estudiantes a entender la retórica política de los años 30 y 40, asigné una lectura del libro de James Henderson, *Las Ideas de Laureano Gómez*, que describe cómo el dirigente conservador proclamó, en un discurso en el Senado en agosto 1942, que una conspiración mundial de judíos, masones y comunistas estaba manipulando al Partido Liberal en Colombia para acabar con las tradiciones cristianas del país.

Los estudiantes reaccionaron a la lectura de dos maneras: primero, expresaron su sorpresa porque un estadista colombiano como Laureano Gómez estuviera promoviendo esa ridiculez, y segundo, me preguntaron, ¿quiénes son los francmasones? Resulta que en 1999, yo estaba haciendo la

[1] B.A. en Historia de Georgetown University, M.A. en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Ph.D. en Historia de América Latina de Vanderbilt University, USA, profesor asociado de Historia de Southwet Minnesota State University.

investigación para mi tesis de maestría en la Universidad Nacional. La discusión en clase sobre Laureano Gómez y sus ideas me inspiró a mirar con más detalle el contexto histórico de este discurso antisemita y antimasón de 1942; el tema terminó siendo mi tesis, publicada en 2005 por Planeta con el título *Laureano Gómez y los masones*.

Se puede decir que este discurso de Gómez en 1942, pronunciado en un momento cuando todavía parecía que el Eje iba a ganar la Segunda Guerra Mundial, fue honesto. El dirigente conservador realmente creía que una conspiración anticristiana dirigida por judíos y masones estaba rondando por todo el mundo. Gómez simplemente estaba de acuerdo con muchos derechistas en Europa y en las Américas, quienes también impulsaban esta idea.

Sin embargo, en mi investigación, llegué a una conclusión diferente: Gómez no creía en lo que estaba diciendo, más bien, estaba usando el discurso sobre un complot mundial para vilipendiar a los liberales y unificar a los conservadores bajo su dirección, pocas semanas después de la reelección de Alfonso López Pumarejo.

Gómez logró cumplir con este fin: los políticos conservadores que estaban cuestionando su liderazgo terminaron apoyando su campaña antimasónica, y, por ende, su manejo de la colectividad. Fue una muestra de que Laureano Gómez era un maestro del juego político colombiano, él sabía cuáles botones oprimir para tener la respuesta deseada del rango y la fila conservadores y, por la misma vía, de los políticos y publicistas de su partido.

Sin embargo, en mi libro me faltó hacer más énfasis en que Gómez no estaba jugando solo: todos los implicados en la política en Colombia manipulaban los símbolos partidistas

y los discursos tradicionales para animar a sus militantes, especial pero no exclusivamente, en las frecuentes temporadas electorales.

Administradas por conservadores o liberales, desde el siglo XIX las elecciones tenían un grado de fraude; reinaba el dicho "él que escruta, elige". Hasta cierto punto, el fraude fue tolerado por los dirigentes de los partidos a todos los niveles. Palabras bonitas en Bogotá entre políticos de partidos opuestos ocultaban la realidad de que el proceso electoral estaba dañado, y que los congresistas y el presidente estaban en sus puestos por razón de este proceso.

Por eso, fue igualmente importante animar al rango y la fila para marchar y llenar plazas para mostrar el poder político de cada partido a pesar del fraude electoral, probando este hecho tanto a los militantes como a los miembros del partido opuesto. Los políticos y publicistas tenían que animar a sus respectivas colectividades constantemente para sostener la tesis de que las elecciones habían sido ganadas honestamente, o perdidas por fraude del otro partido.

Semejante sistema político exigía una retórica política cada vez más inflamatoria; y en esa batalla de palabras, Laureano Gómez fue un experto entre los cientos de políticos y publicistas de los dos partidos tradicionales.

Por un lado, la retórica política estaba promoviendo la identidad partidista, señalando a héroes y mártires de cada colectividad como ejemplos a seguir, pero por el otro lado, estaban mostrando el peligro que representaban los miembros del partido opuesto. Una identidad –política en este caso– se define no solamente por lo que uno es, sino también por lo que uno no es.

En Colombia, una de las pocas diferencias ideológicas consistentes entre los dos partidos políticos era su relación con la Iglesia. Los conservadores aceptaron un papel fundamental para el clero en la instrucción pública, en el bienestar social y en la política, mientras que los liberales abogaban por una separación más clara entre la Iglesia y el Estado. Los jefes de debate siguieron resaltando esta diferencia para unificar a sus respectivos partidos, a lo largo de los años 30 y 40.

Para entender estos juegos políticos es importante resaltar el contexto internacional. La prensa liberal y conservadora, necesitada de historias llamativas para mantener su circulación, se benefició tremendamente de los asuntos internacionales de los años 30 y 40. Desde los años 20, los servicios internacionales de prensa estaban alcance económico de los periódicos colombianos, incluyendo fotos, gráficas y caricaturas que podían publicar diariamente sobre la política y cultura norteamericana y europea; entonces, cuando estallaron eventos tan sangrientos como la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, los colombianos estaban bastante bien informados.

Y nadie estaba mejor informado que los dirigentes, políticos y publicistas de los dos partidos tradicionales. Desde la época de la Independencia, las ideas, ideologías y producción cultural de Europa inspiraban las élites en toda América Latina. Desde comienzos del siglo XX, se pueden ver las referencias a autores europeos en los debates políticos del congreso colombiano, mientras que las secciones culturales de los periódicos dedicaban páginas enteras al análisis del arte y literatura del viejo continente.

Para la generación nacida en los últimos años del siglo XIX, incluidos Laureano Gómez, Alfonso López, y Eduardo

Santos, una estadía extendida en el exterior tenía un alto respeto y valor y era casi un requisito para ser un dirigente importante. Después de servir como un ministro muy activo de obras públicas en la administración de Pedro Nel Ospina, Laureano Gómez se fue al exterior con su familia para conocer y aprender las ideas y cultura del viejo continente todo lo que quería para su propio país.

El prestigio que daba el conocimiento de las ideas y de la cultura europea para la clase educada en Colombia no se podía desconocer. Querían tanto que su patria imitara a Europa, que veían los asuntos políticos colombianos, por provincianos que fueran, con el prismático de los eventos y las ideologías del Viejo Continente. Parte de la razón fue el hecho de que los servicios noticiosos de cable venían de Francia o de los Estados Unidos, de donde estas noticias tenían más importancia. Entonces, cuando estalló la Guerra Civil Española, los conflictos partidistas en Colombia estaban constantemente comparados con las acciones de las fuerzas de Franco o de la República.

Otra razón para poner los conflictos provincianos de los partidos políticos colombianos en el contexto de los debates internacionales de la época fue la idea de dignificarlos.

Los militantes de los dos partidos querían sentir que la elección del concejal local era parte de la batalla de la libertad contra la tiranía, y no solamente para determinar cuál calle del municipio iba a ser pavimentada con los pocos recursos disponibles; querían creer que la elección de la asamblea departamental iba a determinar al vencedor en la guerra ideológica internacional entre el fascismo y la democracia, y no solo a cuáles pueblos iban a conectar primero con la carretera principal; querían que la presidencia de la República representara un baluarte contra las fuerzas externas e

internas oscuras que querían tomar control de la patria, y no solamente la entidad que iba a mantener navegable el Rio Magdalena.

En la fuerte competencia entre los dos partidos sobre cuántos militantes podían organizar, llenaba las plazas más con la consigna de "Abajo con la tiranía" que la de "Pavimentemos esta trocha".

CAPÍTULO 3
EL HISPANISMO EN LA POLÍTICA DE COLOMBIA

José Ángel Hernández

Es Laureano Gómez un antes y un después en la política colombiana, un hombre que no dejaba indiferente a nadie.

Sus ideas y su unión de la sociedad le ubicaron en un espectro político y social cuando el mundo abandonaba toda cortapisa moral.

Ese espectro político era la tradición, entendiéndose por esta a la herencia hispana.

Para Laureano, la hispanidad era el referente civilizatorio, no solo de Colombia, sino del hemisferio americano.

Como había dicho Caro, "es el elemento articulador que permite comprender tanto al individuo como a la sociedad, al estado y a la nación colombiana".

Asumiendo las palabras del insigne Caro, para Laureano, la religión y la lengua eran a través de las cuales se había forjado el imaginario colombiano.

Por supuesto lo anterior encontró enconada resistencia en las corrientes filosóficas y políticas del liberalismo ya desde el siglo XIX.

Para los constructores del constitucionalismo liberal colombiano, la sola idea de ensalzar la obra de la España imperial en el virreinato de Nueva Granada sonaba a traición y deslealtad al movimiento libertador. Un ejemplo de lo anterior sería el apelativo de "Godos", intentando asociar a los conservadores con el pasado español.

Al finalizar la década de los treinta en Colombia, cuando fenecían los últimos gobiernos conservadores de lo que se ha dado en llamar "la hegemonía conservadora", el Partido Conservador está en un momento crítico y crucial. Es el momento de Laureano Gómez, que empieza a descollar como figura prometedora dentro del –postrado en aquel momento– Partido Conservador.

Entre junio y agosto de 1928, Gómez pronuncia en el Teatro Municipal de Bogotá dos conferencias que si bien en un principio iban a tratar sobre "Colombia y las obras publicas", no olvidan tratar cuestiones trascendentales de la historia de la Republica colombiana.

En estas disertaciones Gómez habla del contacto de las américas con la cultura española, reconociendo el origen de la tradición hispánica en Colombia.

Según Laureano esta tradición hispana, con sus valores de austeridad y sobriedad, debían ser patrón y paradigma para la construcción del estado colombiano.

Es esta época desde cuando Laureano Gómez expresa públicamente su valoración positiva de la herencia hispana a través de sus escritos y disertaciones.

Fueron los años 30 una época en que las circunstancias bélicas y políticas en Europa obligaban a definirse con respecto a cuestiones capitales como la catolicidad y la hispanidad. Recordemos que ha comenzado en el verano del 36 la Guerra Civil Española.

Si bien es cierto que el hispanismo llegó a América latina como respuesta de los latinoamericanos a la influencia anglosajona "el panamericanismo", la Guerra Civil Española" dividió a las conciencias colombianas con respecto al hispanismo.

Los acontecimientos españoles alimentaron las ideas tradicionalistas en Colombia e hicieron que grandes sectores del conservatismo se identificaron con el franquismo, como paso con los demás partidos conservadores latinoamericanos sin excepción.

La lucha en España entre los sectores modernizantes (liberales, socialistas, anarquistas y comunistas) y los sectores más tradicionales (monarquías, conservadores, carlistas, falangistas) se estaban enfrentando en el territorio español.

Los periódicos de aquella época en Colombia, entre los que se destacaban *El Tiempo* y *El Siglo*, no dejaron de consignar en sus portadas los avances de la Guerra Civil Española.

Daba la sensación de que de lo que ocurriera en España dependía el futuro de Colombia.

La comunicación y sapiencia con lo que ocurría en España era total en el periódico *El Siglo*, pero también en otros como *La Patria* de Manizales y otros de tendencia conservadora por lo que las consignas del hispanismo emanadas desde la España Nacional se hicieron eco entre los conservadores y la Iglesia colombiana.

El hispanismo se convirtió en los años treinta en Colombia en la matriz ideológica del programa conservador en consonancia con el corporativismo confesional.

Se puede decir por ello que la Iglesia católica y el conservadurismo de esos días eran, sin ambages, profranquista e hispanista, aunque lo mismo se puede decir de la mayoría de liberales y comunistas colombianos partidarios del Frente Popular español.

El 30 de enero de 1938, con los franquistas ya dominando amplias zonas de la península bajo su dominio, se inauguraba el círculo nacionalista español.

En el evento estaban presentes Ginés de Albareda, enviado especial de Franco, monseñor Juan Manuel González Arbeláez y Laureano Gómez.

En el discurso pronunciado por este último, contenía frases de apoyo a la causa franquista como: "… y España entera, al adelantarse como paladín solitario a la batalla por la cultura cristiana y resistir, ha retomado el puesto de avanzada en las naciones de occidente y reconstruido el imperio de la hispanidad, en cuyas falanges nos inscribimos con indescriptible regocijo".

El último párrafo ha sido argüido por algunos historiadores como la prueba irrefutable de que Laureano Gómez era un falangista, acusación a todas luces exagerada.

Era los años de la "Revolución en Marcha" del presidente López.

Laureano acusando a sus promotores de copiar la constitución republicana española, acusando tanto a una como a otra, de ateas y comunistas.

Lo cierto es que lo que había ocurrido en España con el fin de la monarquía y el comienzo de la república, tenía muchas similitudes políticas y temporales con lo que ocurrió en Colombia con el fin de la hegemonía conservadora y el comienzo de los gobiernos liberales.

En abril de 1937, Laureano Gómez, con motivo de un aniversario más de la revista colombiana, denunciaba las reformas liberales en Colombia, avisando que con motivo de estas podía pasar en Colombia lo mismo que en España.

En este caso denunciaba las reformas del Ministerio de Educación.

Decía lo siguiente: "Una propaganda idéntica a la que se hace desde el Ministerio de Educación se llevó a cabo en España en los tiempos anteriores a la Guerra Civil que la aniquila. También allí se busca la apariencia de una divulgación presurosa de la llamada ciencia moderna, desde las posiciones oficiales y la tribuna del ateneo de Madrid para realizar el intento masónico y judaico de desarraigar las tradicionales creencias católicas del pueblo español; y allí como aquí, la siniestra labor se realizó a nombre de una cultura llamada de avanzada que es la cultura materialista".

Entre 1940 y 1941, la revista colombiana fue muy redundante con artículos sobre la Historia de España y sus grandezas.

En esta década la principal tarea del hispanismo laureanista fue oponerse a la doctrina Monroe, que como se sabrá la punta de lanza del imperialismo norteamericano en América.

Se contraponía la herencia cristiana hispanista al protestantismo norteamericano que por esos días empezaba a expandirse en el país.

En toda esta tarea Laureano Gómez y el conservatismo contaron con la ayuda inestimable del padre jesuita Félix Restrepo y su revista *Javeriana*, que al respecto decía que "el abandonar el hispanismo por el panamericanismo, significará solamente miedo: miedo al poderoso, al amo de los petróleos y de los motores".

"No es que hayamos de mostrarnos huraños ni envidiosos en presencia de lo norteamericano, pero ni la civilización ni el espíritu de gallarda hispanidad, ni la religión misma nos mandan abarquemos de nuestra dignidad".

"Somos nietos del Cid y de San Fernando de Guzmán el bueno y Fernando González de Cortes Pizarro y Quesada, hijos de Bolívar y San Martín… conservad nuestro legado, no vendamos por un plato de lentejas nuestra libertad".

"Nuestra raza es el perenne quijote, quijote inmortal de sublime gallardía y espíritu único".

Por su parte, Laureano Gómez y el Partido Conservador mitigaron su antinorteamericanismo y su cercanía con el régimen franquista.

Recordemos que al terminar la Segunda Guerra Mundial toda identificación con los regímenes fascistas derrotados en la guerra, te ubicaba en el ostracismo y al fin y al cabo el régimen franquista era considerado consecuencia de la ayuda de Mussolini y Hitler.

Laureano se adaptó a este nuevo panorama surgido de la Segunda Guerra Mundial.

El antipanamericanismo representado por la hispanidad no fue esgrimido de manera tan explícita y el anticomunismo propio de la Guerras Fría convirtió en cómplice a los norteamericanos y a Laureano Gómez (Corea).

Adaptándose a los nuevos tiempos, el antiguo Consejo de la Hispanidad al que se asociaba con el franquismo de la guerra pasó a llamarse Instituto de Cultura Hispánica, más centrado en el vínculo cultural y educativo.

Se reeditó la obra de José Celestino Mutis con el liderazgo colombiano de Eduardo Carranza.

Laureano, por su parte, y a pesar de su acercamiento a los Estados Unidos no perdió oportunidad de defender su hispanismo y su catolicismo, conceptos estos sustanciales para que, con el de colombianidad, sirvan estas palabras para aseverarlo:

> "Yo hablo, dijo en el Senado de 1942 en nombre de los principios de la doctrina católica que están expresados en las obras filosóficas de Santo Tomas, que dice cómo debe organizarse un estado".

Después de la Segunda Guerra Mundial la bandera pública del hispanismo fue esgrimida por una derecha nacionalista entre las que destacaba la de Gilberto Álzate Avendaño e incluso por la dictadura Rojas pinillista que se expresaba así en el periódico *Nueva Prensa* en los años sesenta: "La colombianidad no es sino un abuso de lengua, nuestra manera de ser hombres está cifrada en la hispanidad".

Como se sabe, es la época del exilio de Laureano y su familia en España. Allí su hijo Álvaro escribirá *La revolución en América*.

En un tono acompasado y reflexivo, Álvaro Gómez hace una defensa de la civilización hispánica y en su obra en América.

Álvaro Gómez no elude ningún tema sobre la obra de la hispanidad, mentando a autores como Weber, Toqueville, Toynbee, Hegel, Ortega, etc.

Trata sobre la definición histórica y racial de América y de Colombia.

Critica las teorías revolucionarias e indigenistas por antihispánicas.

Como vemos, la hispanidad y el catolicismo serían las bases sobre las que se sustentaría el Estado colombiano. En esta visión, contó Laureano Gómez con el apoyo de la mayoría del Partido Conservador y la Iglesia.

En el Partido Conservador había escisiones como los Leopardos, que tenían una visión más laica del Estado, adscribiéndose a las ideas del agnóstico Maurras o del anticlericalismo fascista.

La hispanidad y la religión católica sigue siendo para una importante cantidad de los colombianos unos elementos intrínsecos de la colombianidad, y Laureano Gómez fue el corifeo de esta concepción en su época.

Quiero despedirme con una cita del escritor colombiano Enrique Serrano:

"Para el colombiano, la hispanidad es una forma de ser de la que se puede renegar, alabar e incluso abjurar, pero jamás desprender o desembarcar porque es el envoltorio religioso, social, político e incluso económico de lo que somos y lo que seremos".

CAPÍTULO 4
LAUREANO GÓMEZ Y SU TIEMPO

Enrique Gómez Hurtado[1]

En mis personales circunstancias, de tiempo lugar y ocasión, no resulta tarea fácil hacer comentarios válidos y útiles sobre la personalidad de Laureano Gómez. Es por ello que me parece oportuno tocar un tema algo difícil, pero que a lo largo de años de procesamiento vital, me está pareciendo esencial para un intento válido de comprensión de una figura amada y odiada, admirada y combatida, de esas que le crean al que las estudia el problema de quedar aquí o allá. Pienso que quizá fue ese un recóndito anhelo que movió su existencia: su rechazo a la fórmula universal y mágica de "la mitad más uno", como símbolo de la libertad.

Desde su temprana juventud, entró al escenario en forma ruidosa. Se le vio impulsado por alguna fuerza que llevaba en sí. No la proclamaba, ni la argüía, pero se le veía. En los ambientes confusos, arropados por la mediocridad, cuando

[1] Abogado y Economista de la Universidad Javeriana, postgraduado en Economías y Ciencia Política de la Universidad de Londres, postgraduado en Filosofía de la Universidad de Barcelona, exembajador en Francia, exconcejal de Bogotá, exsenador de la República, exdirector del diario El Siglo.

alguien resulta visible modifica el ambiente. Nunca alguna atmósfera fue la misma antes y después del paso de Laureano Gómez. Hablé antes de algún anhelo recóndito. Todos los tenemos. Pocos logran ponerlos en la prosa de la barca de la vida. ¿Cómo puedo hacerlo? Explicarlo hoy es la dificultad ante la cual me encuentro. Para sus contemporáneos tuvo una con secuencialidad comprensible, tanto a favor como en contra. Le habló a su mundo, en su lenguaje y en su situación cultural. Esos son supuestos de juicio que hoy no son fácilmente comprensibles.

Don José Ortega y Gasset nos dijo que el al ser no puede separársele de la circunstancia en la que está siendo. El buen historiador es el que logra que el lector entre sensiblemente en el ambiente de los hechos que narra; lo mismo puede decirse del novelista o de todo comentarista de lo que ya pasó. El análisis de la personalidad de Laureano Gómez no puede hacerse sin tener presente a quiénes se dirigía, qué valor tenían sus tesis y doctrinas en el contexto social, cuáles eran las aspiraciones y, sobre todo, cuál era el marco moral en el que la autoridad tenía una vigencia preponderante.

Allí donde lo colocó la providencia, cumplió con la tarea de estar vivo. La tomó como un compromiso, así lo enseñaba la moral y desde un principio pensó que estar comprometido es la base de una operación lógica del pensamiento. Nunca quiso entenderse con los volantones que andan buscando, donde posarse para chupar la miel que encuentran. Combatió y se entendió con la gente comprometida.

Ahí puede estar el primer escollo que encontramos hoy. Nuestro ambiente está impregnado de una nebulosa libertanista que nos dice que para estar libre es mejor no estar comprometido. Es la anulación de la libertad, porque

la única razón válida que justifica su existencia es que le da al ser humano la capacidad de comprometerse.

Es dramático, si se quiere aterrador que esa condición de la naturaleza del ser humano, que lo hace ser lo que es, se haya convertido en un baratillo de supermercado que se derrama por aquí y por allá, alegremente, siempre y cuando no lleve como contraparte un compromiso.

En el ámbito que entonces compartíamos, el ejercicio de la libertad individual era el centro de nuestro comportamiento cotidiano. Lo bueno y lo malo, el sí y el no de las cosas enfocaban nuestro quehacer, porque se nos enseñó que la responsabilidad no es un fardo, sino un logro.

Miremos en nuestro entorno para buscar qué queda vigente de lo que para nosotros era incontrovertible. Soy uno de los pocos coetáneos, sobrevivientes de Laureano Gómez y explicarlo ante los auditorios actuales produce una desazón intelectual y lingüística. Vamos a intentarlo.

"Debemos creerle a la gente lo que dice". Fue para Laureano Gómez una base sistemática para la estructuración del diálogo con sus semejantes. Ingeniero, utilizó siempre su capacidad en la construcción de estructuras intelectuales basadas en la afanosa búsqueda de la verdad y en la colocación de las diferentes piezas de ella en el lugar apropiado para, apoyado en ese andamio, poner a funcionar la gran máquina de la lógica para lograr así, hasta lo máximo posible, una posición de equilibrio en el inestable ámbito de la libertad del hombre. La aceptación inicial a lo dicho por el interlocutor le permitía colocarse en una posición de exigencia de la verdad y crear un temor reverencial que dificultaba al extremo el ejercicio de la falsedad y la mentira frente a él.

Esta característica de su forma de actuar, pienso que producía en él una propensión natural a buscar la doctrina interpretativa del misterio de la vida humana. Producto existencial de una familia de católicos practicantes, educado en las disciplinas de la Legión de Loyola, humanista, matemático, ingeniero y aceptante de la verdad que le enseñaron, como tal, la poderosa dinámica de su exuberante humanidad encontró el poyo para generar un inmenso caudal de ideas, acciones, ejemplos y sorprendentes resultados que lo colocaron, desde su temprana juventud, en el escenario de los orientadores de la opinión, y como vocero acatado de muchos de esos sentimientos que están en el interior de los espíritus a la espera de que aparezca quien tenga la llave para liberarlos. Esta realidad interior generaba en Laureano un gesto, una mirada, un lenguaje que producían en las gentes la sensación de encontrarse frente a la verdad, lo cual les imprimía un sentimiento reverencial.

Con implacable lógica y coherencia, siempre fue un doctrinario y un doctrinante. Creía y esperaba que le creyeran. Aceptaba las normas de la controversia y las cumplía, lo que le permitía ser duro, en ocasiones implacable, con quienes las utilizaban para el engaño y el fraude. No es el caso de analizar si sus creencias y posturas eran o no acertadas. Esa es la discusión incansable sobre la forma mediante la cual el animal político de Aristóteles ha de encontrar los puntos de acuerdo, sin perder su libertad de pensamiento y acción.

Frente a las cifras de los tiempos que se citan con frecuencia cuando se habla en términos siderales, los pocos millones de años de la presencia de una especie de seres que llamamos humanos, a la cual pertenecemos, resulta tan infinitésima que no es dable colocarle válidamente en un

gráfico, por grande que lo queramos dibujar. Pero si analizamos ese puntito de la existencia del hombre, cuatro o cinco millones de años, encontramos que nuestra historia, generosamente hablando, tiene unos seis mil años y dentro de esos sesenta siglos podemos colocar los intentos de establecer la democracia dentro de los últimos dos siglos, a partir de la independencia de los Estados Unidos, y de las proclamaciones que surgieron como consecuencia de la Revolución francesa.

La prevalencia orgullosa y rampante del racionalismo y el enciclopedismo, que creían haber descubierto la ciencia del hombre, permitió mitificar el concepto de la mayoría, como la "Lámpara de Aladino" de la sabiduría frente a cuyos veredictos cualquiera reserva o rechazo podía ser calificado como posición irracional. Laureano, el doctrinario tradicionalista, no aceptó jamás el imperio de este neologismo con aspiraciones filosóficas y trascendentales. La mitad más uno puede acertar, puede coincidir con la verdad, pero no es la generadora ni de la certeza ni de la verdad. Nunca despreció las manifestaciones colectivas, fruto natural de la interrelación humana. Muy al contrario, las consideraba como la manifestación, natural de ese ser en el que la política forma parte de su esencia, su cara circunstancial, pero jamás aceptó que la mitad más uno pudiera tener una validez, capaz de servir de base para cimentar una construcción moral o lógica. Encontrar la mayoría de las opiniones, en un momento determinado, es un procedimiento útil y valido, pero que no puede separarse de la circunstancia concreta dentro de la cual se manifestó. El haber convertido este instrumento de carácter estadístico en una fuente de verdad indiscutible es, y seguirá siendo, la causa de que la democracia, en su sentido etimológico griego, no haya encontrado un ambiente benéfico para su expansión. El procedimiento fue convertido en doctrina,

como si a la cirugía se le convirtiese en la esencia de la medicina o la estadística en la fuente de la economía política.

Los totalitaristas pregonan con gran frecuencia la "democracia participativa". Estamos viendo que hay un gran esfuerzo por ponerla de moda en Colombia" para que sea "el pueblo" el que tome las decisiones". Por esa puerta que están abriendo el "pueblo votará por la paz" que significará la aceptación "democrática" de la ensalada de lugares comunes de libre interpretación que están preparando en Cuba para entregar la libertad de los colombianos.

Pero no, la democracia es esencialmente representativa, es delegataria y transfuncional, razón por la cual existen las diferentes escalas, competencias, jurisdicciones que los delegatarios transfieren a los delegados.

Decíamos que Laureano Gómez nunca aceptó que la mitad más uno fuese la puerta de entrada al mundo de la verdad. La democracia, la conducción de la sociedad basada en la voluntad de un pueblo, no puede ser reducida a la contabilidad numérica circunstancial de una votación de carácter globalizante. Tenemos hoy, entre nosotros, la amenaza de la convocatoria de un plebiscito en el que se preguntará a los colombianos si quieren la paz o la guerra. Cabe presumir que ante la brutal disyuntiva, con base en el mito de la mitad más uno, acabemos "democráticamente" con lo que queda de la democracia colombiana.

Lo que Gómez buscó con su proyecto constitucional del 53, fue liberar a Colombia de la ruleta de la suerte en la que se juega el futuro a la bola impredecible de una votación por parte de seres convertidos en masa durante unas cuantas horas de un día. La democracia es otra cosa: es una posición espiritual permanente para la búsqueda del consenso y este se puede lograr cuando se lo aplica en torno a temas

concretos, por personas identificables y conocedoras de los asuntos en cuestión. Sí, siempre habrá que acudir a la búsqueda de la mayoría, pero ella debe ser el resultado de una votación cualificada, reflexiva y sobre materias sometidas a un sereno proceso de selección.

No debemos perder de vista que las libertades políticas están despareciendo en manos de regímenes que llegaron al poder acaballados en la mitad mas uno. El régimen colombiano está aspirando a ser uno de ellos.

Cuando se ha podido llegar a altos niveles de desarrollo cultural y amplios consensos sobre el sentido del bien común, la democracia funciona hoy, como nunca antes. El norte de Europa y de América, Australia y el Japón son buenos ejemplos, pero debemos tener en cuenta que primero vino el desarrollo cultural y material. Y la credibilidad de los procedimientos. La mitad más uno en África, el continente asiático e Iberoamérica solo produce tumbos y sobresaltos. Poco se cree en la autenticidad de la mitad más uno.

En nuestro ambiente latinoamericano la democracia está dejando de existir. Esa fue la perspectiva de futuro que apareció entonces en la mente de Laureano.

Las tendencias naturales del hombre, que se dividen a partir de una cumbrera podríamos, si se quiere temerariamente, reducirlas a la preservación y a la curiosidad. El hombre busca, encuentra y guarda. En la proporción en que estas tendencias ocupan la operación de la mente radica la separación de aguas a partir de la cumbrera: los que prefieren buscar a guardar van por un lado y los que prefieren prevenir y guardar, para el otro. Es lo que se ha dado en llamar la izquierda y la derecha. Podríamos decir que Platón era izquierdoso y su discípulo Aristóteles hombre de derechas, y en Roma, Mario el populista de izquierda y Sila el institu-

cionalista de derecha y Julio César de izquierda y Augusto de derecha y así a través de la historia.

Dentro de este modo de calificar, Laureano Gómez fue siempre un hombre de derecha: doctrinario. El material con que trabajó, fruto de su mente inquisidora alimentaba su fábrica, se adhería a su edificio con la variedad y la estética de una mente creadora propia del renacimiento. Toda su vida política transcurrió bajo el dominio de la mitad más uno. La acató y se sometió a ella pero no pudo aceptarla como la fuente de la verdad. De allí que buscara otro procedimiento para encontrar las manifestaciones democráticas, separándolas, en lo posible, de la dictadura acumulante de unas mayorías formadas al acaso, más dependientes de la circunstancia que del ser.

Ese simplísimo globalizante no podía coincidir con su forma de operar mentalmente. Hombre de amplísima cultura, tenía una mentalidad que nos permite colocarlo al lado de cualquiera de los grandes diletantes del renacimiento. Hombre de compromiso, aceptó la colocación que el destino le dio, dentro de la doctrina, la moral y la ética del cristianismo, pero mantuvo siempre las ventanas abiertas. En su andar intelectual se paseó con soltura por muy diversos ambientes. Shakespiare, Goethe, Ibsen, Moliere, Lope de Vega, Quevedo, Descartes, Kant, Spinosa Comte, Jefferson, Spengle no le fueron extraños; los grandes rusos le acompañaron siempre. Admirador de Vásquez de Mella y amigo personal de Miguel de Unamuno, los campos de la lengua de Cervantes fueron su hábitat. No sería equivocado colocarlo entre los clásicos de la lengua.

Todo eso no es posible empacarlo en el brutal, simplísimo de la mitad más uno, desprovista de la circunstancia en la que a ella se recurre.

Racionalizar y circunstancializar las consultas a la opinión pública fue lo que quiso proponerle a los colombianos en el proyecto constitucional de 1953. Desde lejos, a los alaridos, los pelechadores de la manipulación de la mitad más uno, dijeron que era un proyecto dictatorial. Claro es que tiene limitaciones y restricciones. No nos olvidemos de que lo que llamamos civilización no es cosa distinta que la acumulación de conceptos y fórmulas que restringen y ordenan el ejercicio de la libertad individual. Con frecuencia he dicho que en la cinta de "libertad y orden" de nuestro escudo nacional se debería decir "orden para la libertad", sin el primero, la segunda se autodestruye. Para las gentes de la algarabía, el orden es dictadura.

No es el caso ahora de hacer un análisis del proyecto, pero, a manera de ejemplo, podría mostrar ciertos temas que servirán de ilustración en el análisis del personaje que nos ocupa.

Dice el proyecto que la religión católica es la de la nación: sesenta años más tarde esa afirmación no resulta tan evidente. Sus contradictores eran los herederos del "Olimpo Radical", los representantes en Colombia de la revolución del medio siglo XIX en Europa. Aquí me encuentro nuevamente con el tema de la circunstancia. Los radicales creían que la solidez de la doctrina cristiana y la institución familiar como base de la pirámide de la estructura social eran factores contrarios al desarrollo del progreso. Hicieron todo lo que estuvo a su alcance para debilitarlos. La "traición" de Rafael Núñez cuando restituyó su vigencia en la constitución de 1886, sigue aún hoy sin ser perdonada. En el proyecto de 1953 la validez de la concepción cristiana del mundo y el fortalecimiento de la familia como la base de la acción social, apoyada en el amor

y en la responsabilidad colectiva que forman la familia, podríamos decir que constituyen el objetivo político del proyecto.

La reiterada aparición de lo cristiano y lo familiar en el texto del proyecto puede haber sido la causa de los alaridos de protesta con los que fue recibido.

El olimpo radical logró sus objetivos, no por su acción. Por otras circunstancias que actúan dentro del caos intelectual que nos circunda: el cristianismo no es hoy un término de autorizada referencia y la familia, como tal, como lo pensó Laureano, ha dejado de existir.

Otro punto que hoy está resultando extraño, es el de la responsabilidad. Este libertarismo que se ha impuesto parece llevar implícita la irresponsabilidad. Crear una institucionalidad para la exigencia de la responsabilidad en el comportamiento fue considerado dictatorial por quienes piensan que la libertad no tiene contra-partida. Si miramos nuestra constitución vigente, encontramos decenas de proclamaciones de derechos y sólo cuatro o cinco alusiones a las obligaciones del ciudadano. La responsabilidad no está en uso. El cumplimiento de una obligación genera un derecho y el ejercicio de un derecho trae consigo su correspondiente obligación. En una organización valida los derechos y las obligaciones deben, como en contabilidad, tener valores equivalentes.

El proyecto establece que las empresas y trabajadores que estén operando un servicio público tienen las mismas responsabilidades de un funcionario del Estado. Hoy, en la gran feria de los contratos, resulta difícil saber dónde está quedando la responsabilidad.

¿Cómo colocaríamos hoy el mandato de que el salario tiene una función familiar? ¿Cómo implementar hoy un

sistema de seguridad cuyo objetivo primordial es no el individuo, sino la familia? ¿Cuál es hoy el concepto que las organizaciones laborales tienen de la familia? ¿Acaso les interesa?

En el mismo sentido se protege el patrimonio familiar como un ente real del derecho: ¿dónde comienza y dónde termina la familia de hoy?

Periodista de toda una vida, utilizo la prensa como uno de sus instrumentos de acción. En no pocas ocasiones con efectos demoledores. Aferrado a la verdad y a la responsabilidad, le creían. Si miramos hoy en nuestro entorno buscando credibilidad en lo que nos dicen el régimen de Santos y sus acólitos en los medios de comunicación, nos daremos cuenta de la honda diferencia. Al concepto de que la prensa es libre pero responsable se le suprimió la responsabilidad. No ha de extrañarnos, entonces, que la exigencia perentoria de esta sea concebida como un ataque a la libertad.

Dentro del concepto de una democracia orgánicamente actuante, se incrementa la importancia de los concejos municipales, que a su vez serían elegidos por los jefes de familias cuyos vínculos legales estén vigentes. Difícil conseguir hoy ese tipo de electores, cuando los únicos que desean contraer matrimonio son los homosexuales.

***

Sí, era otro mundo. La circunstancia de ser, a la manera orteguiana, le colocó ante una realidad para él presente, con su pasado y la visualización de un futuro. Políticamente hablando, el pasado ofrecía el lamentable espectáculo del siglo XIX, tanto en Colombia como en toda Latinoamérica. Los intentos de implantar la dictadura de la mitad más uno habían cubierto al continente de lágrimas y sangre.

Su propio medio siglo de lucha pudo haberle generado el deseo, quizá una necesidad, de proponer algo que abriese las ventanas del futuro, aún a riesgo de que se le considerase un utopista. Creo tener derecho a decir que no se equivocó al presentir que nuestro futuro tendría las características que estamos padeciendo.

Esta seudodemocracia carente de propósitos inteligibles está dejando a Latinoamérica fuera del concierto mundial. No interesamos. Parece que no tenemos ya una facultad de interlocución. ¿Qué se le puede proponer a quién? En algún momento Chile y Brasil nos iluminaron una esperanza, que el atolondrado izquierdismo acaballado en la mitad más uno está logrando apagar.

Para no seguir por el sendero del caos, la mentira, la insolidaridad y la irresponsabilidad, propuso abrir el camino hacia una formulación corporativa de la actividad social. Los estudiosos de la historia coinciden en afirmar que fueron las corporaciones medievales las que sirvieron de base para la consolidación de un fenómeno social que hoy llamamos la Civilización Occidental.

El Pontífice León XIII insinuó que el espíritu que las animó debería tenerse en cuenta como la vía cristiana en medio de la dureza positivista implantada por la "revolución industrial" y la violencia de la revolución marxista. ¿Si este aparato no está funcionando, por qué no modificarlo? ¿Por qué no establecer un camino distinto para canalizar la opinión pública, sin sacrificar la libertad pero manteniendo la vigencia de los valores individuales y colectivos?

La idea tomó fuerza en Europa y en cierto modo en los Estados Unidos, entre los intelectuales de centro-derecha que se apoyaban en los planteamientos cristianos.

En medio del caos dominante en Italia en la postguerra de 1918, un brillante demagogo populista, proveniente de las toldas comunistas, consideró que el corporativismo podía servirle de teoría política a las gentes que lo seguían.

Asumido el poder dictatorial, Mussolini utilizó muchos elementos de carácter corporativo, con indudable éxito. En poco tiempo Italia ocupó un lugar primordial en el concierto europeo. Pero el vendaval populista se acrecentó y vinieron Hitler, el marxismo y fascismo, la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial y el corporativismo fue una de las primeras víctimas de la guerra, no por sus conceptos y propuestas, sino por la derrota de quienes lo utilizaron como mampara para sus abusos de poder.

Ante la perspectiva desoladora que visualizaba, esto que estamos viviendo, Laureano fue a buscar en los escombros las ideas que en un tiempo iluminaron buena parte del pensamiento cristiano e intentó ponerlas en vigencia, básicamente en la composición de un cuerpo senatorial, alejado de los avatares diarios de la política y responsabilizado de dar trascendencia y armonía a las leyes que surgieran de una Cámara de Representantes elegida en la misma forma que hoy se hace.

No quiero utilizar adjetivos calificativos. Les propongo que piensen en nuestro Senado de hoy, o el de ayer del cual yo formé parte, y en los resultados de su operación. Al Senado propuesto en 1953 asistirían miembros elegidos de distinto origen y Senadores que asistirían por derecho propio. Los elegidos serían: uno por cada departamento, elegido por la Asamblea Departamental de lista de candidatos propuesta por los Concejos Municipales (no olvidemos que los Concejales habrían de ser elegidos por los jefes de

familia en voto calificado); quince miembros elegidos por agremiaciones económicas y culturales.

Los Senadores por derecho propio serían: los expresidentes de la República; el vicepresidente, que lo presidirá, los exministros que hubiesen desempeñado su cargo por más de dos años y por un periodo de tres años a partir de su dejación de dicho cargo. Para ser Senador, además de haber cumplido los 35 años de edad, era necesario haber sido Vicepresidente de la República, o Senador, o representante, o Gobernador o Consejero de Estado o Procurador General, o Embajador o Magistrado de la Corte Suprema, o comandante de la Fuerzas Armadas.

A los miembros elegidos por las asociaciones económicas y culturales les sería necesario ejercer como ocupación principal y habitual la profesión u oficio que se representa.

Imaginemos ese Senado y comparémoslo con el actual y pensemos por un momento en la calidad de las leyes generadas por el uno y por el otro. Lo propuesto fue el producto de la más elemental sensatez, actitud mental que no resulta frecuente en nuestra operación democrática sometida a la mitad más uno.

Sin condicionamientos de tiempo, lugar, ocasión o calidad. Esa sensatez quizá fue la causa de que se dijera que Laureano Gómez estaba delirando. Es triste que se acepte como normal el profundo desmoronamiento cultural e institucional que sufre Latinoamérica. Ese Congresito deforme y minusválido que se nos propone es el producto natural de toda esa insensatez que está pergeñando la dictadura de la paz en La Habana y que muy probablemente recibirá el aplauso democrático de los Latinoamericanos.

Al tomar posesión de la Presidencia Laureano nos habló de un "nuevo estilo". Quería devolverle a la política, la lógica y la estética que le son indispensables. También nos dijo que "la conducción de la sociedad hacia sus fines es el más alto, temible y difícil empeño que pueda presentarse a la inteligencia del hombre". No logró sus objetivos pero cumplió su misión enseñándonos un estilo de vida. Nos hemos habituado a la decadencia como nuestro estado normal. Ya no hay delirantes que aspiren a la sensatez, ¿o sí? Entonces, que beban la poción Laureanista que ha de fortalecerlos.

CAPÍTULO 5
LAUREANO GÓMEZ EN LA LARGA PERSPECTIVA DE LA HISTORIA NACIONAL

Malcom Deas[1]

Laureano Gómez murió el 13 de julio de 1965, hace cincuenta años. Estuve presente en el entierro el día siguiente en el Cementerio Central, y recuerdo el cortejo y los dolientes conservadores. La mayoría debía haber venido de los departamentos vecinos, de Cundinamarca y Boyacá, de vestidos sombríos y de sombrero, y mucho manzanillo y cacique, mucha gente de ruana.

Para un extranjero joven, recién llegado al país, no fue una figura fácil de entender, pero hice un esfuerzo y de mis lecturas de su obra en ese entonces recuerdo cómo me sorprendieron unas páginas que había escrito sobre el caciquismo, un análisis despiadado, brillante. Entonces, de esas páginas salieron a primera vista sus contradicciones[2].

[1] Ph.D en Historia de la Universidad de Oxford, Reino Unido, exdirector y profesor del Centro de América Latina de la misma universidad, Colombianista reconocido y distinguido, doctor honoris causa de la Universidad de los Andes, Colombia.

[2] Mi descripción de la escena escrita en la fecha: "A light rain fell on the mourners – his family, his party and his old chess-partners, An array of ex-Presidents,

Sin embargo, esta conferencia es mi primer intento de enfrentarlas, de tratar de ubicar a Laureano Gómez en la historia política y cultural del país. Va a ser una conferencia experimental, e incompleta. Tal vez mis oyentes están esperando un juicio, que termine en un veredicto.

Tengo mis reservas frente al papel de los historiadores como jueces, siendo mi opinión que su primera función es la de entender. Sin embargo, mejor es no ser demasiado evasivo: en el pensamiento y en las actuaciones de este personaje multifacético, escritor, orador y editor muy prolífico, con medio siglo de vida pública, con sus notorias etapas de lucha violenta, hay aspectos y fases condenables, como cuando martillaba sobre "conspiraciones judeo-masónico-comunistas", tema de un libro reciente.

El interés en los masones frecuentemente llega a ser obsesivo, y en el caso de Laureano el tema no le muestra libre de exageración[3]. Su actuación va a seguir siendo controvertida: la mención de su nombre, como todavía es mi experiencia de conferencista en el caso de cualquier

---

provincial Conservative chiefs in their best suits and black ties. It was a silent, reather frightened-looking crowd. The confusion of the nation's politics was momentarily stilled by the greatest confounder of them all." Las páginas sobre el caciquismo aparecen en su ensayo de 1928 *El carácter del general Ospina*, reimpreso en el tomo III de sus Obras Completas, ed. Ricardo Ruiz Santos, VIII tomos, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1984-2013, pp. 48-50. Para dar al lector una muestra de la alta calidad ocasional de la prosa política de Gómez ofrezco este cuadro como anexo.

[3] Williford, Thomas J., *Laureano Gómez y los masones: 1936-1942*, Bogotá: Planeta, 2005. Mis propias conclusiones sobre la masonería en la política colombiana no favorecen las teorías conspiratorias. En el siglo XIX en muchas contiendas hubo masones peleando a ambos lados, y aún hubo un número limitado de masones conservadores. En tiempos más recientes, mi impresión es que la masonería siguió con cierta popularidad entre los liberales, particularmente provincianos; ciertos jefes del partido figuran en sus rangos, otros no. Ayudó más a la sociabilidad que a la conspiración.

alusión a Rafael Núñez, divide e inquieta a una audiencia colombiana.

Pero mi modesto fin va a ser un esfuerzo preliminar a hacerle más inteligible a la generación actual. Para los que nacieron después de su muerte, la gran mayoría de los colombianos de hoy, no es fácil acercarse a él, o pesar bien su importancia, siendo el caso que "la modernidad" ha favorecido más a sus contendores liberales[4].

La lectura de su obra frecuentemente sorprende.

Laureano Gómez, como sabemos todos, fue un conservador colombiano. ¿Qué tipo de conservador?

Un conservador profundo conocedor de la historia y de las tradiciones de su partido: de sus lejanos orígenes en tiempos de la Independencia[5]; de las obras de Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro, los fundadores; de sus héroes: como político completo, reconoció el valor de tener a la mano todo el listado, y en una sola página cita a " Los corceles… de Manuel Briceño, … la voz generosa de Carlos Urdaneta, … la enérgica decisión de Juan Nepomuceno Valderrama, … el alegre arrojo de los Narváez, … la silueta heroica de Juan José Neira, … los sauces melancólicos que guardan el recuerdo cordial de Sebastián Ospina, …

[4] Como todos que escriben sobre Gómez, tengo una gran deuda con los trabajos de James Henderson, su *Conservative Thought in Twentieth Century Latin America. The Ideas of Laureano Gómez,* Athens: Ohio University Press, 1988, y su *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*, Bogotá: Universidad de Antioquia, 2006.

[5] Escribió mucho historia: *El mito de Santander*, otros ensayos en el tomo II de sus Obras Completas, y una obra sobre La Gran Colombia publicado bajo el título *El final de la grandeza* por su editor Ricardo Ruiz Santos, Bogotá, Editorial Hojas e Ideas, 1993. Siendo de él, son polémicos, pero al mismo tiempo basados en lectura seria.

la brava lanza de Ardila, … la sombra cautelosa de Ramón Acosta, y Próspero Pinzón, tranquilo y fuerte …"[6].

A veces su retórica fue igualmente tradicional: para un lector inglés es sorprendente leer a alguien que bien entrado el siglo XX siguió dando duro a Jeremy Bentham, por largos años mandado archivar en su propio país.

Empezó su propia carrera política en las filas de los "históricos", en la oposición al gobierno de Rafael Reyes. Su temperamento no cabía en la Unión Republicana de Carlos E. Restrepo, y dio su apoyo a su sucesor José Vicente Concha…

Pero debemos profundizar. Nació en Bogotá en 1889, pero su padre había llegado hace poco a la capital, desde Ocaña. Tal vez por herencia tuvo un toque santandereano en su carácter. Sobre su ancestro poco se ha escrito. Por lo menos se debe constar que, como tantos otros políticos de esta república supuestamente oligárquica, no fue de ninguna manera oligarca de nacimiento.

Se educó dentro de la cultura fuertemente tomista de los colegios superiores bogotanos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX –ocho años con los jesuitas de San Bartolomé, desde donde sale a redactar un pequeño periódico de orientación clerical. Ahora esa hegemonía cultural ha sido casi completamente olvidada: muy pocos se interesan en figuras como Monseñor Rafael María Carrasquilla, el Rector perpetuo y magnífico del Colegio Superior del Rosario, y en su larga pre-eminencia.

Es en parte este olvido el que hace que Laureano y el conservatismo de su juventud sean tan difíciles de entender para las generaciones recientes, formadas en ambientes secularizados, o por lo menos bajo la influencia de una iglesia

[6] *Comentarios a un régimen*, Bogotá: Editorial Minerva, 1934, p. 239.

muy distinta, o de jesuitas muy distintos. Los liberales de antaño aparecen a nosotros como precursores de lo moderno, y los conservadores meramente antiguos, una visión frecuentemente anacrónica[7].

Salió Laureano erudito genuino, y su erudición siempre iba a ser una de sus armas: en los debates una precisión a veces pedante, frecuentemente peligrosa para sus contendores.

Como todos recuerdan, fue un orador formidable, en un país donde tal talento se estima mucho y puede ensanchar una reputación más allá de los límites de un partido. Recuerdo que el radical Rojas Garrido gozaba de escuchar a Miguel Antonio Caro, y no disminuyó su estima la distancia ideológica entre los dos. Gómez fue, según los catadores, sin rival en el Congreso, mejor que Gaitán, sin igual como demoledor.

Como maestro de catilinarias, fue heredero de una larga tradición, desde Eladio Urisarri, autor de "Las cartas de los cincuenta" en contra de Santander, pasando por el Julio Arboleda de El Misóforo –hay tal vez más de Julio que de Sergio Arboleda en Laureano–, Montalvo y Miguel Antonio Caro, hasta el radical notorio José María Vargas Vila, en honor de quien Laureano ofreció una comida en la Legación de Colombia cuando fue Ministro en Buenos Aires, año 1923.

A las filas de su partido, más tarde, en los años de duro conflicto, su voz llegó muy bien por la radio.

Aún si he insistido en lo olvidado de la cultura de su juventud, mucho de esto no debe sorprender. Otros aspectos de

[7] Sobre el ambiente cultural de Bogotá de esa época las obras mas accesibles son los dos libros de Luis María Mora, *Croniquillas de mi ciudad*, Bogotá: Banco Popular, 1972, y *Los maestros de principios del siglo*, Bogotá: ABC, 1938.

su talante, para emplear la palabra familiar, sí sorprenden. En el conservatismo de Gómez hay notas distintas, innovadoras y modernas.

Algunas reflejan una mente cosmopolita, de anchas lecturas. Entre los ingleses, no solo refirió para atacarlo a Bentham, citó con admiración a Edmund Burke, el autor de más renombre del conservatismo británico, a Walter Bagehot y su libro clásico sobre la constitución inglesa, y también a Lord Hugh Cecil, autor de un manual de 1912 sobre la filosofía conservadora, texto que todavía, por lo sensato y pragmático, vale la pena leer. Aunque nunca tuvo un aire de hombre del gran mundo, había viajado, había vivido no solo en Chile y Argentina como diplomático sino también en Europa, y había aprovechado plenamente de sus estadías fuera del país[8].

Tampoco fue siempre respetuoso con el legado de ciertas luminarias de su propio partido y figuras sagradas de la cultura nacional: "En el campo de las ciencias filosóficas, exactas y naturales, como en el de las bellas artes, Colombia es un desierto. Ya se sabe que el *Diccionario de construcción y régimen* es una obra trunca que tuvo cimentación equivocada. Las traducciones de Virgilio interesan a los bibliómanos. El único libro colombiano que se lee fuera del país es *La María*; pero *La María* no basta para sostener una reputación nacional"[9]. No veneraba a España: decadente, estéril en las ciencias y en las artes.

Notas modernas: Recordamos que Laureano Gómez salió de la Universidad Nacional en 1909 con el grado de Ingeniero. Un gran orgullo fue su nombramiento de ministro

[8] Fue ministro en Chile y Argentina, 1923-1925, y en Alemania en 1930-1931.

[9] *Interrogantes sobre el progreso de Colombia*, Bogotá: Editorial Minerva, 1928, p. 67.

de Obras Públicas en la administración del gran modernizador conservador Pedro Nel Ospina[10].

Fue un frustrado como político constructor. Este aspecto de su naturaleza fue opacado por su fama de opositor y de fiscalizador, pero siempre estaba presente, hasta el final de su carrera.

Leyendo "Desde el exilio", me di cuenta del detalle de cuando salió del país exiliado por el golpe de 1953, además de que por sus hijos Álvaro y Enrique fue acompañado por su propio ministro de Obras, el muy energético Jorge Leyva. Recuerdo que Lauchlin Currie, que había trabajado con muchos ministros en varios países, lo calificó entre los más capaces que había conocido[11].

El mismo Gómez favoreció la planeación moderna, y se entusiasmó con las recomendaciones del Informe del Banco Mundial hechas por Currie y su equipo. Tuvo la vana esperanza de liderar un gobierno dedicado al desarrollo.

Notas disidentes: Católico, tuvo en común con su antecesor Miguel Antonio Caro no solo una propensión al discurso político-teológico-religioso, sino también una marcada tendencia a pelear con la autoridad de la Iglesia, desde su audaz y temprana crítica al arzobispo Bernardo Herrera Restrepo, tocando un negocio de esmeraldas, hasta discrepancias más graves sobre el Concordato que lo llevó, según la leyenda, al borde de la excomunión.

---

[10] Quien opinaba "Es posible ser liberal en otras partes, pero en Colombia toca ser conservador." Su sentido elogio del presidente Ospina, de 1928, está en sus Obras Completas, tomo III, citado en nota 1. arriba: 'El carácter del general Ospina', pp. 28-60.

[11] *Desde el exilio*, s.l., s.f., p. 35.

La mayor parte del libro "Desde el exilio" consiste en una serie de cartas muy fuertes dirigidas a distintas figuras de la jerarquía eclesiástica reprendiéndolas por su apoyo al golpe de 1953 y al traidor perjuro general Gustavo Rojas Pinilla.

Como es frecuente, con los políticos conservadores en países católicos, la iglesia sirve cuando conviene, y cuando no conviene, no sirve…[12]

Los escritos políticos de Gómez no han perdido frescura.

En 1928, invitado por Alfonso López, hizo dos conferencias en el Teatro Municipal de Bogotá, luego publicadas bajo el título de *Interrogantes sobre el progreso de Colombia*. La primera conferencia todavía tiene su capacidad de chocar, una irreverencia muy lejos de ser conservadora. Ya he citado sus observaciones sobre Caro y Cuervo, y sobre la insuficiencia de la María, la escasa presencia colombiana en la literatura occidental. La nota predominante de las charlas fue escandalosamente pesimista, por ejemplo sobre las trajinadas riquezas naturales de la nación. Sobre sus partidos políticos fue igual de cáustico:

"Los partidos tradicionales, en que por motivos ideológicos se había dividido la población colombiana, se han ido transformando lenta y simultáneamente, en dos compañías anónimas que tienen por industria la explotación del presupuesto. Los programas ideológicos se han sustituido con prospectos de rendimientos burocráticos; y por eso los dos partidos no buscan para que los dirijan a mentores intelectuales sino a expertos en maniobras electorales, que es la propia industria de las compañías en referencia.

[12] Ver Christopher Abel, *Política, Iglesia y partidos en Colombia, 1886-1953,* Medellín: FAES, 1987. Un caso similar es Irlanda: ver K. Theodore Hoppen, *Elections, Politics and Society in Ireland, 1832-1885*, Oxford: Clarendon Press, 1984.

"Las dos personas de mayor cultura intelectual en el país pertenecen una al partido conservador y otra al liberal: Guillermo Valencia y Baldomero Sanín Cano. Es sintomático y revelador el meticuloso cuidado con que se les mantiene alejados de la dirección de lo que se llama política. Ellos llevarían un soplo de ideas, un ambiente espiritual y levantado. Eso ya no se necesita, ni se usa"[13].

Audaz, original, iconoclasta, Laureano fue también, como ya hemos dicho, erudito. Mostró, entre otras lecturas antiguas y modernas, un sólido dominio de las nuevas escuelas europeas de geografía, alemanas y francesas. Fue también pedante y exagerado en su réplica a sus críticos, que ocupa la mayor parte de la segunda conferencia (del Teatro Municipal), muy inferior a la primera.

El lector que solo conoce a Gómez por la crítica liberal va a ser igualmente sorprendido por otra obra olvidada, *El cuadrilátero*[14], producto de sus observaciones durante su estadía en Europa y de sus extensas lecturas. Son cuatro ensayos todavía muy legibles después de ochenta años, impresionantes por su lucidez y por su juicio.

El ensayo sobre Mussolini muestra un dominio sobre la historia moderna de Italia muy lejos de ser superficial, pero sobre todo lo que va a sorprender al lector actual del libro son los firmes principios de juicio del autor. En un ambiente que intoxicó a millones, mantuvo su sobriedad, y fue muy crítico de los tres dictadores: todos emplearon métodos violentos, y nada bien iban a hacer para sus países.

---

[13] *Interrogantes*, pp. 211-212.

[14] *El cuadrilátero. Mussolini, Hitler, Stalin, Gandhi.* Prólogo de José y Fernando de la Vega, Bogotá: Librería Colombiana Camacho Roldán y Cia, 1935.

Gómez sin duda tuvo rasgos autoritarios, ambigüedades en sus simpatías durante la Segunda Guerra Mundial, y veleidades corporativistas en sus planes para la frustrada asamblea constituyente de su breve presidencia, pero nunca fue fascista: un demócrata complicado, pero en últimas un demócrata. En *El Cuadrilátero* fue liberal, claro con "l" minúscula.

En su capítulo sobre Gandhi, más allá de su rechazo del imperialismo inglés lo que impresiona es su fascinación con el personaje por su encarnación de la fuerza desnuda de los principios y su talento de ponerla en acción[15].

He empezado leyendo parte de su obra, y acá señalando escritos que tienen vida, que merecen ser mejor conocidos y que merecen sobrevivir. Su vida fue de combate, y es obvio que aparte de estos escritos excepcionales hay mucho que no va a interesar sino a los especialistas en los conflictos políticos de antaño. El país no ha perdido la memoria de cuánto costo llegaron a tener esos conflictos, y el Laureano intransigente, hay que reconocerlo, atrae ahora pocas simpatías. En lo que queda de esta conferencia voy a intentar poner a esa figura del político en su contexto.

[15] Aunque leía ingles y alemán, y paso su exilio en España, me parece que de la literatura y cultura europea la francesa tuvo en su mente la mayor influencia. Nunca mostró la familiaridad con el mundo anglosajón de Alfonso López Pumarejo. Su actitud frente a España fue ambigua.
Siendo el caso que las prácticas de Gandhi hubieran sido demasiado exóticas en Colombia, uno se pregunta cuales otros modelos Gómez pudo haber tenido en mente. Un candidato es el austero conservador español Antonio Maura, quien combinaba en su gobierno la "pura doctrina" con el equivalente de la disciplina para perros en las elecciones que tuvo que manejar. Cómo Gómez, un duro crítico de los caciques, quienes sin embargo fueron parte indispensable de su aparato. Para un breve esbozo del carácter de Maura, Gerald Brenan, The Spanish Labyrinth, Cambridge: Cambridge University Press, 1971, pp. 31-32.

Laureano fue fiel hijo de la llamada hegemonía conservadora, dentro de la cual nació y creció. Entre los historiadores, con muy pocas excepciones, esa hegemonía ha sido tratada con indiferencia o repudio. La mayoría de sus administraciones no han sido objeto de estudios académicos serios –por ejemplo, no los hay sobre Concha, Suárez, Ospina o Abadía Méndez–: los curiosos se contentan con las caricaturas de Rendón. Un resultado es que se entiende muy poco al partido que gobernó en ese casi medio siglo, y solamente de manera muy incompleta el ambiente de los años que siguieron a su caída.

Recién encontré en una librería de segunda un panfleto curioso, "Sin banderas". Anotaciones oportunas e inoportunas sobre el problema político en Colombia, publicado en París en 1926 bajo el pseudónimo de Hugo Mascarin[16]. El autor comparte la opinión contemporánea de Laureano, que en términos de sus programas poco dividió a los dos partidos.

Escribió con escepticismo sobre la izquierda embriónica:

"¿El socialismo? Fue un gesto de unos cuantos jóvenes hostigados de nuestros viejos partidos, en lo que no dejó de tener su influencia el instinto de imitación, como siempre, poco estudiada. Pero ¿para qué queremos llevar el socialismo a Colombia? ¿Dónde están esos capitales contra los cuales hay que luchar? Seríamos tan racionales como si lleváramos buques ballenas para darle cacería al enorme cetáceo en nuestra Laguna de Tota"[17].

[16] *París: Société Moderne D'Impressions*, 1926. 100 páginas, bien editado, indica que el autor fue un liberal acomodado.

[17] Ibid., pp. 95-96.

Pero más a propósito con nuestro tema son sus ironías sobre el partido liberal, y el miedo de algunos de sus miembros lúcidos frente a la remota posibilidad de una victoria de su partido en las elecciones presidenciales:

"No olvidaré el ademán de un pobre viejo de rancio liberalismo cuando en algunas elecciones presidenciales los datos del primer momento parecían haber dado el triunfo al candidato de su partido. El pobre viejo se agitaba; se pasaba de una parte a otra; llevaba las manos encima de su no poblada cabeza; las cruzaba adelante, atrás; cruzaba los brazos, los soltaba, es decir, desequilibrado".

– Pero a don Fulano ¿qué le pasa?

– ¡Cómo que qué me pasa, hombre! ¡Si nos…! (No recuerdo la palabra que usó). Supóngase usted que es lo más probable que hemos ganado. Hasta hoy hemos vivido bien: todo lo inculpábamos al Gobierno, y siempre nuestra conciencia ha quedado en limpio. Pero ahora ¿qué vamos a hacer no sólo con el trabajo de gobernar sino con esa partida de godos encima?

Y hasta me explicó que él nunca votaba, por temor de que el triunfo le trajera el desprestigio al partido liberal.

¡Y vaya si el viejo era inteligente! Por el medio más lógico buscaba el bien de su partido"[18].

"Con esa partida de godos encima". Existen problemas en calcular mayorías en un sistema político como el colombiano de esa época: un sufragio restringido, con elecciones sujetas a mucha maquinaria, manipulación y fraude. Pero aun reconociendo las dificultades e incertidumbres en cualquier intento de contar bien, y las limitaciones de la legitimidad

[18] Ibid, p. 95.

que salió de esas contiendas desiguales, es probable que la Colombia muy rural de entonces, con el grueso de su población en las tierras altas y campesinas, sí fue de mayoría conservadora, como se mostró en las elecciones de 1930 cuando el Partido Conservador dividido perdió la presidencia[19].

Poco conservador, lo dudaba. Y hay que recordar que el partido se consideraba, en la fase moderna, no solamente el partido natural de gobierno, en la República católica del Sagrado Corazón, sino también el partido natural de los pobres, particularmente de los campesinos, un partido en su esencia popular. Y poco conservador dudaba que en la naturaleza de las cosas el Partido Conservador iba a recuperar el poder en las próximas elecciones: el gobierno "nacional" de Enrique Olaya Herrera iba a ser tan fugaz como la Unión Republicana de 1910-1914[20].

Como es bien sabido, no pasó así. Los liberales tuvieron su propio proyecto, en nada similar a la pálida convivencia de la Unión Republicana de Carlos E. Restrepo, y por causas múltiples el país entró en tres décadas de intensa competencia política que, pasando por la "Violencia clásica", terminó con el gobierno militar del general Gustavo Rojas Pinilla y el acuerdo del Frente Nacional.

En esta conferencia no cabe un análisis pormenorizado del desarrollo de estas luchas, pero espero que sean pertinentes, en nuestro intento de ubicar a la figura de Gómez, unas observaciones generales.

---

[19] Las cifras de las elecciones presidenciales de 1930: Enrique Olaya Herrera, 369, 934; Guillermo Valencia, 240, 360; Alfredo Vásquez Cobo, 213, 583. – Hubo otros candidatos con votos de menos de 1.000, incluyendo a Mariano Ospina Pérez con 2. Los votos de los dos conservadores juntos tuvieron una mayoría de 84,009 sobre Olaya.

[20] Un comentario contemporáneo útil para un resumen de la opinión conservadora es Guillermo Salamanca, *La república liberal*, 2 tomos, Bogotá: 1937.

La paz de las últimas décadas de la hegemonía conservadora fue una paz relativa, con fuertes rivalidades entre los líderes del partido, con fraudes habituales en las elecciones y uno que otro brote de violencia[21]. Las luchas iban a ser más intensas con el abandono del viejo sistema de "voto incompleto" en favor de una más ambiciosa representación proporcional basada en la cédula, y con la creciente movilización del electorado, pero es importante no exagerar el grado de paz y armonía que prevaleció antes de 1930.

La victoria de Olaya tuvo su secuela de violencia y fraude, mucho menor que lo que iba a pasar después de 1946, pero suficiente para marcar profundamente la mentalidad conservadora: para mucho conservador lo que acompañó la victoria de su partido en 1946 fue una venganza justificada[22]. La cifra de los votos por López en 1934, frente a una abstención conservadora, fue sin ninguna duda escandalosamente exagerada por el fraude, y la campaña conservadora en contra de las fallas del sistema de cedulación —un tema favorito de Laureano—, estuvo llena de exageraciones también[23].

La memoria, o para ser más preciso, un modo de opinar común, tiende a atribuir el creciente sectarismo de esos años excesivamente a la persona de Gómez.

---

[21] Para los fraudes de 1922, la compilación liberal *Los partidos políticos en Colombia*, Bogotá: Águila Negra, 1922. Paz relativa —años mucho más pacíficos que los de la Violencia o de las décadas recientes—, pero paz incompleta…

[22] El libro indispensable acá es Javier Guerrero Barón, *Los años del olvido: Boyacá y los orígenes de la violencia*, Bogotá: Tercer Mundo, 1991. Ver también Hernando Correa Peraza, Los rostros de la violencia, 1930-1958, Bogotá: Universidad Sergio Arboleda, 2009. El curso general de los eventos de los 1930s y 1940s, y la evolución de la política de Gómez, se puede seguir en los libros de James Henderson y Christopher Abel, ya citados.

[23] 938, 608 votos por López en 1934. Según la cifra repetida de Laureano, 1.800.000 cédulas falsas...

Caben varias observaciones: hubo muchos sectarios, y no fueron todos conservadores. Una buena antología del sectarismo liberal se ve en la compilación de telegramas y mensajes en apoyo al gobierno publicado en 1936, cuando el debate sobre reforma constitucional y del Concordato: mucha virulencia anticlerical, desde muchas partes y de mucha gente. En ambos partidos este sectarismo existió entre las filas, no solo entre los líderes[24]. Y se acentuó por las agudas rivalidades entre estos últimos.

También acá influye el hecho de que el Partido Conservador estuvo en el poder entre 1946 y 1953, años del peor enfrentamiento, cuando el Partido Liberal, sin ser exento de responsabilidades, por lo menos no tuvo dificultad en presentarse como víctima. Además ha sido, con la izquierda, más activo después en escribir historia, más atento a ese dicho de "que el que es dueño del pasado es dueño del presente"[25].

Para escribir esa historia uno tiene que hacer el esfuerzo de adentrarse en los ambientes del pasado. Recuerdo, por su posible ayuda en llegar a juicios ponderados, una anécdota que me contó mi amigo, el académico y político argentino Guido di Tella, exiliado en Oxford cuando su país estaba

[24] *La opinión nacional ante la reforma de la Constitución*, Bogotá: Imprenta Nacional, 1936. Para la retórica de los líderes, Darío Acevedo Carmona, La mentalidad de los élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949), Bogotá: IEPRI/El Ancora, 1995. Unas lecturas accesibles sobre este tema, y que merecen ser sacadas del olvido parcial que ahora padecen, son las novelas y escritos de Eduardo Caballero Calderón: ver las escenas políticas en *Siervo sin tierra*, Medellín: Editorial Bedout, 1978. Ver también Manuel Serrano Blanco, *Las viñas del odio*, Bucaramanga: Imprenta del Departamento, 1949.

[25] La cita completa de George Orwell, en su novela 1984, es "Who controls the past controls the future. Who controls the present controls the past" - una sabia advertencia frente a cualquier intento de establecer una historia oficial. No opino sobre los posibles futuros "veredictos de la historia": mi observación es sobre el balance de la historiografía hasta ahora existente.

sufriendo bajo el último gobierno militar. Guido fue amigo de Alberto Lleras Camargo, quien había pasado un rato de su juventud en Argentina.

Conversando los dos, después de la muerte de Perón y antes de la toma del poder por los militares, Guido me contó que había respondido a la pregunta obvia sobre el futuro político de su país con la trajinada "Aquí no pasa nada". Y me recordó que Alberto Lleras entonces le dijo: "Cuidado: eso es lo que estuvimos pensando los colombianos en 1946". ¿Hasta dónde sospecharon los aprendices de brujo de la política colombiana lo que iba a pasar en la próxima década?

¿Ha llegado "la historia" a un veredicto final sobre Laureano Gómez? Yo lo dudo, como veo que no ha llegado tampoco a un juicio sólido sobre el Frente Nacional, del cual él fue de los dos principales arquitectos, y que ocasionó en su inauguración su conciso arrepentimiento:

"Cuando hayamos sido capaces de matar el sectarismo dentro de nosotros, estaremos próximos a alcanzar la armonía y la paz. … ¡Cuánto más grato es que de nuestros labios salgan palabras de amistad, de fraternidad, de colaboración y simpatía, y no amargas voces destinadas a encender rencores y a promover discordias estériles! Todos nos hemos equivocado; pero la dura mano que nos oprimió, nos hizo comprender nuestro yerro y nos decidió a volver rápida y decididamente las espaldas a los antiguos métodos de lucha, para entregarnos a esta tarea generosa y fecunda, destinada a la rectificación fundamental de la vida de nuestro pueblo"[26].

[26] Cita de Henderson, *La modernización*, pp. 566-567.

ANEXO
LAUREANO GÓMEZ
SOBRE EL CACIQUISMO, 1928

Lamentando su existencia en Italia, hace años, una corporación napolitana de mejoras sociales calificaba el caciquismo "como la más fea clase de españolismo parlamentario". Este defecto político, que es mal propio de los países latinos, forma en la madre patria una característica y ha motivado el triste honor del gentilicio. Heredado o limitado, hunde sus raíces profundamente en la organización civil colombiana, y aunque con diversa intensidad en sus varias secciones, constituye uno de los rasgos predominantes y más desagradables de nuestra democracia.

Relata (Maurice) Maeterlick, en una digresión de su admirable "Vida de los comejenes", la peculiaridad de ciertas hormigas que habitualmente llevan consigo una especie de piojos, proporcionalmente enormes, pues son del tamaño de la cabeza de la hormiga que, siempre proporcionalmente, es dos veces más voluminosa que la humana.

Tales parásitos se instalan cuidadosa y metódicamente de cada lado del abdomen de su huésped para no desequilibrar la marcha de éste. La hormiga, que al principio los

rechaza, una vez establecidos los adopta y no procura desembarazarse de ellos.

¿Cuál es, pregunta Maeterlinck, el mártir de nuestras santas leyendas que hubiera llevado sin quejarse durante toda su existencia una carga tan pesada y molesta? La áspera hormiga de la fábula no sólo se resigna a soportarla, sino cuida y alimenta a los intrusos, como si fueran sus propios hijos. Los naturalistas ignoran la utilidad o el beneficio que reporte a la hormiga este perenne sacrificio.

Algo análogo ocurre con nuestras entidades administrativas y políticas. En ciertas comarcas colombianas apenas hay alguna de ellas que no tenga que sobrellevar el peso de los caciques. Para que el equilibrio no se perturbe, cada partido suministra un espécimen de cacique que se acomoda sobre el fisco de la entidad municipal. Algún esfuerzo hacen para colocarse, pero cuando lógranlo, quedan asegurados indefinidamente, y el municipio los acaricia, los nutre y toma a cargo suyo el sostenimiento de ellos, con solicitud mayor de la destinada a atender cualquiera de los menesteres de la comunidad.

El fin de las actividades del cacique es el predominio personal y la adecuada distribución de sus allegados y compinches en los puestos o prebendas fiscales. Conseguido esto, el cacique declara que se encuentra en el mejor de los mundos posibles, lo cual es indiscutible desde el punto de vista de su ideal mezquino.

Después de que ha asegurado su instalación sobre la hormiga laboriosa, el cacique no padece de ninguna inquietud espiritual ni material. Bajo su mano están todos los registros de la actividad inteligente en la respectiva comarca. Si las hojas de los árboles se muevan sin voluntad, sin ella no pueden hacerlo ni los brazos ni las mentes de

los hombres. En los pueblos dominados por el caciquismo sienta sus reales la parálisis.

Uno de los espectáculos más aflictivos que puede ver en Colombia el hombre que piensa, es la quietud inerte de la vida provinciana.

Al volver, después de varios años, a poblaciones que en tiempos pasados conocimos muy bien, las hallamos envejecidas; los árboles de la plaza desgajados y maltrechos; las calles con la misma yerba donde jugábamos de niños; en los campos, iguales, rudimentarios cultivos.

Parece que nadie hubiera tocado las piedras sueltas, regadas sobre los caminos; está más desportillado el tazón de la fuente, y desde la torre ennegrecida un mismo esquilón desgrana en el viento, a las horas rituales, el único sonido espiritual que rompe el silencio en que el pueblo yace como bajo un encanto fatídico.

Por ninguna parte se ve un taller ni un obrador; menos aún la atrevida y humosa silueta de una chimenea; nunca un jardín arreglado por el arte humano, sino las tímidas flores de las enredaderas silvestres que languidecen sobre las cercas de piedra o se prenden en los pilares de las casas, con esa piedad misericordiosa con que también suelen enredarse en las cruces de palo del cementerio.

Cruza la plaza un asno flaco que parece ser el mismo que conocíamos; sobre las angarillas despedazadas lleva los viejos barriles de agua, remendados con hoja de lata. Un chico descalzo y haraposo lo guía con agudas voces e interjecciones que nos son familiares. De las casas cerradas no sale afuera ningún rumor. A la sombra de las tapias se deslizan lentamente, sin ruido, unas mujeres que llevan hatillos de ropa o haces de leña.

Apoyado en una barda, un mozuelo apresta la cerbatana, mortal enemigo de los pajarillos. En la puertas del estanco de aguardiente, los seis u ocho patrones del pueblo, que llegan a media mañana y permanecen allí, salvo los intervalos de yantar, hasta después del toque de ánimas, sentados en malas bancas o taburetes rotos, charlan lánguidamente, a veces fuman, mas rara vez se toman un trago.

De una casa pajiza, donde se hacinan, sentados en el suelo, unas tres docenas de niños anémicos y pilongos, sale el coro monótono, rutinario: b, a, bá; b, e, bé…

Por los corredores de la casa municipal el cacique obeso, satisfecho, con la ruana arremangada y las manos en los bolsillos, se pasea con tres o cuatro de sus adláteres. El cacique es alcalde, o presidente del concejo, o personero municipal, o juez. Investido del cargo que más favorezca sus propósitos, o que mejor le permita compartir su predominio con el cacique del otro bando, no disimula la satisfacción de sentirse "dueño de todo eso", y en aquellos paseos se combinan los litigios para apoderarse de las cosechas de los labriegos, se planean las multas por faltas imaginarias, se da apariencia legal a la extorsión y la sangría de la gente trabajadora.

Aquella aglomeración de hombres a quienes sólo por eufemismo puede calificarse de ciudadanos, vegeta en una total ignorancia del mundo y del país. Nada se sabe allí de las preocupaciones, de las angustias, de los triunfos del espíritu humano; es un pozo donde se vive bajo dos imperativos inexorables: trabajo de esclavos y exacción cruel.

… La urdimbre del caciquismo es, en ocasiones, tan densa, que no queda ni un resquicio de luz. Los caciques rurales están federados y otorgan su apoyo electoral a los caciques departamentales, quienes les retribuyen sosteniéndolos en

la barricada municipal. Este doble juego sigue una escala ascendente y alcanza a las más altas cumbres del Estado. La reacción aparece como imposible. Algo semejante a una anemia tropical de la voluntad colectiva permite a los parásitos la continuación indefinida de su obra de decadencia y agotamiento.

(De 'El carácter del general Ospina', en Obras completas, Vol. III, pp. 48-50. La edición original es de Bogotá: Ediciones Colombia, 1928.)

Malcolm Deas,
St. Antony's College, Oxford.
Diciembre de 2015

19

Cuadernos del Centro de Pensamiento

Lectio historica en la conmemoración de los 50 años del fallecimiento del expresidente Laureano Gómez

Fondo de Publicaciones
Universidad Sergio Arboleda

ISSN 2346431-3

UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA | CENTRO DE PENSAMIENTO

UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA
Carrera 15 No. 74-40 Tels.: 325 75 00 Ext. 2131 - 322 05 38. Bogotá D.C.
Calle 18 No. 14A-18 Tels.: (5) 420 38 38 - 420 26 51. Santa Marta
www.usergioarboleda.edu.co